

CAPÍTULO 4

COMUNICACIÓN Y ACCIÓN

I

El análisis de la formación autorreferencial de sistemas basada en la doble contingencia nos obliga a revisar la idea de que un sistema social no está constituido por personas, sino por acciones. Esta idea, en la actualidad, es dominante en la fundamen-tación de la teoría de la acción, ya que parece ofrecer la posibilidad de unir puntos de partida subjetivos y pertenecientes a la teoría de sistemas. Pero ¿cómo hay que plantear teóricamente tal «principio» y cómo hay que realizarlo? Tanto Max Weber, la acción social constituye un caso especial de acción, determinada por la intención dirigida por lo social. Para Parsons —y en contra de la idea de Parsons acerca de Weber, habría que decir que se trata de un concepto totalmente diferente—, la formación de sistemas sociales es una aportación analíticamente diferenciada de la emergencia de la acción sin más. Los sistemas sociales se basan, por lo tanto, en un tipo de acción o en un aspecto de la acción, y a través de la acción el sujeto entra prácticamente al sistema. Sin embargo, se puede preguntar si con ello se capta correctamente la relación entre la acción y la socialidad y, sobre todo, si se le capta de manera suficientemente fructífera.

Si se parte de la posibilidad de una teoría de sistemas autorreferenciales y de problemas de complejidad, se invierte simplemente la relación de los límites, lo cual habla a su favor. La socialidad no es ningún caso especial de la acción, lo que sucede es que en los sistemas sociales la acción se constituye por medio de la comunicación y de la atribución en una reducción de complejidad, como autosimplificación indispensable del sistema. En el nivel de la teoría general de sistemas se habla de una constitución «mu-tualista» o «dialógica». Con esto se quiere decir que la autorreferencia en el nivel de los procesos básicos sólo es posible cuando existen por lo menos dos procesadores de información que se pueden referir uno al otro y, por medio de uno y otro, a ellos mismos. Así que la autorreferencia presupone una infraestructura correspondientemente discontinua. Los arreglos necesarios no pueden radicar ni en los elementos, ni en los sistemas parciales del sistema social, ya que ambos factores son apenas producidos por ellos. Los sistemas consisten únicamente en acuerdos selectivos producidos por la acción combinada de estos procesadores, y la estructura de estos sistemas sólo tiene la función de posibilitar los cambios y los reencuentros permanentes de tales acuerdos.

Esta reflexión lleva directamente al tema del presente capítulo. El proceso básico

de los sistemas sociales que produce los elementos de los que consisten estos sistemas, no puede ser bajo estas circunstancias más que la comunicación. Así pues, excluimos, como lo hemos anunciado al introducir el concepto de elemento,¹ toda determinación psicológica de la unidad de los elementos de los sistemas sociales. Mas ¿cuál es la relación entre este proceso comunicacional y las acciones, es decir, los elementos del sistema que produce? En última instancia, ¿un sistema social consiste de comunicaciones o de acciones? La ultraunidad, cuya disolución haría desaparecer lo social, ¿es un acoplamiento exitoso de diversas selecciones o la selección individual atribuible como acción? Cuando se presenta una diferencia, cuestión determinante, es necesario aprender primero a reconocerla —igualmente importante es aprender a resistir la tentación de contestarla de manera simple y rápida basándose en una acción comunicativa (social).

Sospechamos que en este problema la comunicación o la acción como ultraelemento constituyen opciones fundamentales que marcan de manera determinante el estilo de la teoría construida sobre esta base, por ejemplo, el grado de su distanciamiento respecto de lo psíquico. Por lo tanto, es necesario otorgarle algún espacio.

En la bibliografía especializada se encuentran ambas opiniones, aparte de la acostumbrada teoría de la acción,² también está la teoría de la comunicación,³ y por lo general queda poco espacio para la diferencia. Esta falta de claridad tiene sus razones y no se puede eliminar súbitamente. En mi opinión, el problema radica en que de hecho no se pueden separar (aunque sí distinguir) comunicación y acción, dado que forman una relación que debe ser entendida como la reducción de la propia complejidad. El proceso elemental que constituye lo social como realidad especial es un proceso comunicacional. Sin embargo, para poder dirigirse a sí mismo, este proceso debe reducirse, descomponerse en acciones. Por lo tanto, no se puede plantear que los sistemas sociales estén constituidos por acciones, como si estas acciones fueran producidas con base en la constitución orgánico-física del hombre y pudieran existir por separado. El planteamiento correcto es que los sistemas sociales se descomponen en acciones y obtienen por medio de esta reducción las bases para establecer relaciones con otros procesos comunicacionales.

II

La condición previa para los análisis siguientes es, entonces, la aclaración del concepto de comunicación. Por lo común se recurre, para explicarla, a la metáfora de la «transmisión». Se dice que la comunicación transmite noticias o información del emisor al receptor. Intentaremos arreglárnoslas sin esta metáfora, ya que nos estorbaría para ciertas decisiones problemáticas.

1. Véase capítulo I, II, 4.

2. Según esto, la comunicación es una especie, entre otras, de acción. Este concepto se introduce, por lo general, sin justificación, como si fuera el único posible. Véase, por ejemplo, Abraham A. Moles y Elisabeth Rohmer, *Théorie des actes: Vers une écologie des acôtis*, Paris, 1977, pp. 15 y ss.

3. Véase sobre todo la teoría de Gordon Pask, que comparte el concepto de conversación: *Conversation, Cognition and Learning*, Amsterdam, 1975; *Conversation Theory: Applications in Education and Epistemology*, Amsterdam, 1976; «Revision of the Foundations of The Cybernetics and General Systems Theory», *Proceedings of the VIIth International Congress on Cybernetics J 976*, Namur, 1977, pp. 83-109; «A Conversation Theoretic Approach to Social Systems», en R. Felix Geyer y Johannes van der Zouwen (comps.), *Sociocybernetics*, t. I, Leiden, 1978, pp. 15-26; «Organizational Closure of Potentially Conscious Systems», en Milan Zeleny (comp.), *Autopolesis: A Theory of Living Organization*, Nueva York, 1981, pp. 265-308.

La metáfora de la transmisión es inservible porque implica demasiada ontología. Sugiere que el emisor transmite algo que es recibido por el receptor. Este no es el caso, simplemente porque el emisor no da nada, en el sentido de que pierda él algo. La metafórica del poseer, tener, dar y recibir no sirve para comprender la comunicación.

La metáfora de la transmisión coloca lo esencial de la comunicación en el acto de la comunicación. Dirige la atención y los requerimientos de habilidad hacia el emisor. El acto de comunicar, sin embargo, no es más que una propuesta de selección, una sugerencia.⁴ Sólo cuando se retoma esta sugerencia, cuando se procesa el estímulo, se genera la comunicación.

Además, dicha metáfora exagera la identidad de lo que se «transmite». Al recurrir a ella nos seduce la idea de que la información que se transmite es la misma para el emisor que para el receptor. En ello puede haber algo de verdad, pero esta misma no está garantizada por la calidad del contenido de la información, sino que se constituye, apenas, en el proceso comunicacional. La identidad de una información, por lo demás, se debe pensar en forma paralela al hecho de que su significado es distinto para el emisor y para el receptor. Finalmente, la metáfora de la transmisión sugiere que la comunicación es un proceso de dos cifras, en el cual el emisor comunica algo al receptor. También al respecto tenemos nuestras reservas. Primero es necesario reorganizar la terminología.

Si se parte del concepto de sentido, queda claro, en primer lugar, que la comunicación es siempre una acción selectiva. El sentido no permite más que la selección. La comunicación toma *algo* del actual horizonte referencial constituido por ella misma, y deja aparte lo *otro*. La comunicación es el procesamiento de la selección. Sin embargo, no selecciona cómo se toma una y otra cosa de un depósito. Esta idea nos llevaría de nuevo a la teoría de las sustancias y a la metafísica de la transmisión. La selección actualizada en la comunicación constituye su propio horizonte, aquello que selecciona ya como selección, es decir, como información. Lo que comunica no sólo es seleccionado, sino que ya es selección y, por eso mismo, es comunicado. Por ello, la comunicación no se debe entender como proceso selectivo de dos, sino de tres selecciones. No sólo se trata de emisión y recepción con una atención selectiva en cada caso; la selectividad misma de la información es un momento del proceso comunicacional, porque únicamente en relación con ella puede activarse la atención selectiva.

El concepto de información generalizado desde Shannon y Weaver⁵ permite fácilmente formular así las cosas. El planteamiento actual nos dice que la información es una selección de un repertorio (conocido o desconocido) de posibilidades. Sin esta selectividad de la información no se logra ningún proceso comunicativo, por mínimo que se pueda mantener el valor de novedad del intercambio de noticias, como cuando la comunicación se realiza por ella misma o simplemente llena el vacío en una reunión. Además, alguien debe seleccionar una conducta que comunique esta informa-

4. Esta propuesta terminológica se encuentra en Johann Jakob Wagner, *Philosophie der Erziehungskunst*, Leipzig, 1803, «Toda información es excitación» (p. 55). No es ninguna coincidencia el que hayan surgido tales concepciones en un contexto ampliado por la teoría trascendental y elaborado por la teoría de las relaciones, y en el cual existe a la vez una oposición polémica en contra de la aspiración directa a la perfección humana por medios técnicos y se antepone la pregunta por las «condiciones de la posibilidad».

5. Véase Claude E. Shannon y Warren Weaver, *Mathematical Theory of Communication*, Urbana, IL, 1949. Es suficientemente sabido que el concepto de información aquí presentado sólo debería servir a los cálculos técnicos, dejando completamente fuera toda referencia al sentido; pero naturalmente no se puede deducir de eso el que en contextos de sentido no importe la selectividad.

ción, deliberada o impremeditadamente. Lo decisivo es que la tercera selección se puede basar en la diferenciación entre la información y su comunicación. Como esto es decisivo y como la comunicación sólo se puede entender sobre esta base, llamaremos (un poco inusualmente) al receptor *ego* y al emisor *alter*.

La diferencia entre información y acto de comunicar abre por sí sola extensas posibilidades para el análisis. Dado que ambas requieren interpretaciones con sentido, el comunicador *alter* se ve ante un dilema. Dos enlaces incompatibles se ofrecen a su autocomprensión. Respecto de la información, se tiene que comprender a sí mismo como parte del mundo con sentido, en el cual la información es correcta o falsa relevantemente: el acto de comunicar es válido, puede ser entendido. Como alguien que comunica, tiene que otorgarse a sí mismo la libertad de hacerlo o no; en un sentido, debe entenderse a sí mismo como parte del conocimiento universal que se puede conocer, ya que la información lo remite a sí mismo (de otra manera no podría manejarla). En el otro sentido, dispone de sí mismo como sistema autorreferencial. Dieter Henrich llama a esto «distancia entre su posición de sujeto y su pertenencia al mundo», y ve en esta distancia la base de la necesidad de interpretaciones homogéneas de la vida.⁶

Desde el punto de vista de la sociología, esta distancia, sin embargo, no es un fenómeno primordial, y la filosofía antes de Kant nada sabía de ella. No la vemos como facticidad de la situación trascendental, sino como efecto de que *ego* comprende la conducta de *alter* como comunicación y que por ello le concede aceptar esta distancia. Por supuesto, no se trata aquí de la cuestión de a quién se le ocurrió por vez primera ver de esta manera la situación: a *ego* o a *alter*. Lo importante es que sólo la socialidad de la interpretación de esta situación genera esta aporía, lo cual explica también que sólo un proceso de diferenciación más fuerte entre el sistema de comunicación y la sociedad resalta la conciencia de esta aporía y los esfuerzos correspondientes en la semántica cultural. Esta reflexión también nos enseña que la comunicación no se trata jamás de un acontecimiento que consta de dos puntos de selección —ni en el sentido de la metáfora de la transmisión como dar y aceptar, ni en el sentido de la diferencia entre información y acto de comunicar. La comunicación sólo se genera cuando esta diferencia es observada, exigida, comprendida y puesta como base para la selección de la conducta de enlace. El acto de entender incluye, para eso, malentendidos más o menos extensos, pero se tratará, como veremos, de malentendidos controlables y corregibles.

De modo que de aquí en adelante la comunicación será tratada como unidad de tres cifras. Partimos de que, para que se genere la comunicación como acontecimiento emergente es necesario sintetizar tres selecciones. Es importante declararlo expresamente, ya que la circunstancia que forma esta base se ha visto con frecuencia envuelta con otra terminología. Bühler, por ejemplo, habla de tres «servicios» o «funciones» del lenguaje humano, a saber (yo cambio el orden): representación, expresión y apelación.⁷ El primer término designa la propia selectividad de la información; el segundo, la selección de su contenido; el tercero, la expectativa de éxito, es decir, la expectativa de una selección de aceptación. Esto hace que la atención se dirija no sobre las condiciones de la unidad emergente, sino sobre cuestiones del dominio relativo y del cambio del dominio de una de las tres funciones. En Austin, la misma

6. Véase *Fluchtlinien Philosophische Essays*, Francfort, 1982, sobre todo p. 92.

7. Véanse las explicaciones sobre el «modelo organón» del lenguaje en Karl Bühler, *Sprachtheorie: Die Darstellungs- und Wirkungs-funktion der Sprache*, 2.^a ed., Stuttgart, 1965, pp. 24 y ss.

tripartición adquiere la forma de una tipología de enunciados (*utterances*) distinguibles o actos de lenguaje, es decir, actos locucionarios, ilocucionarios y perlocucionarios.⁸ Así, el interés se vuelve hacia el aislamiento de las figuras correspondientes. No queremos excluir estos intereses, aunque los consideramos más bien marginales en comparación con la pregunta acerca de las condiciones de la emersión de su homogeneidad. El proceso de diferenciación de los actos de funciones específicas o de dominantes funcionales de uno u otro horizonte selectivo, sólo es posible si desde antes se asegura la homogeneidad de la síntesis comunicativa como circunstancia normal.

La reunión de información, acto de comunicar y expectativa de éxito en un acto de atención presupone «codificación». El acto de comunicar debe duplicar la información, es decir, debe dejarla afuera, por un lado, y, por el otro, utilizarla para la participación comunicativa y darle para eso una forma secundaria, por ejemplo, una forma de lenguaje (quizás fonética, de escritura, etcétera). No analizaremos los detalles de los problemas técnicos de tal codificación. Es importante, desde el punto de vista sociológico, subrayar que también esto provoca un proceso de diferenciación de los procesos comunicativos. Los acontecimientos se diferencian, ahora, en codificados y no codificados. Los acontecimientos codificados actúan en el proceso comunicativo como información; los no codificados, como interrupción (ruido, *noise*).

La codificación debe manejarse como homogeneización operativa de información y acto de comunicar, en igual sentido, por *alter* y *ego*. Esto requiere de una estandarización suficiente —y también de un contraste con el entorno que resalte y llame la atención (un discurso articulado molesta más que un simple ruido a aquel a quien no va dirigido). La condición previa mínima para que se genere la comunicación (aun mal codificada) es, por supuesto, el que *ego* funja como un sistema no determinado por completo por su propio pasado, es decir, que pueda reaccionar ante la información.⁹ A diferencia de la simple percepción de acontecimientos informativos, la comunicación sólo se genera si *ego* es capaz de distinguir entre dos selecciones y, al mismo tiempo, de manejar esta diferencia. Sólo la integración de esta diferencia convierte a la comunicación en comunicación en un caso especial de elaboración de información sin más. La diferencia se encuentra, en primera instancia, en la observación de *alter* por *ego*. Este es capaz de distinguir entre acto de comunicar y lo que se comunica. Si a su vez *alter* se sabe observado, puede tomar en sus manos esta diferencia entre información y acto de comunicar, apropiarse de ella, ampliarla, aprovecharla y utilizarla para dirigir (con mayor o menor éxito) el proceso comunicativo. La comunicación se hace posible desde atrás, por decirlo así, en sentido inverso al fluir del tiempo del proceso. Así, la ampliación de las oportunidades de complejidad generada, debe servirse por ello de la anticipación y de la anticipación de anticipaciones. Esto le otorga una posición central al concepto de expectativa.

El que el acto de entender sea un momento indispensable para la génesis de la comunicación, reviste una significación muy amplia para comprender adecuadamente la comunicación. De ahí que la comunicación *únicamente sea posible como proceso autorreferencial*.

8. Véase John L. Austin, *How to do Things With Words*, Oxford, 1962, sobre todo pp. 94 y ss. También Austin (p. 99) habla de funciones.

9. Norbert Wiener, «Time, Communication, and the Nervous System», *Annals of the New York Academy of Sciences*, 50 (1947), pp. 197-219 (202), formula este requerimiento desde el punto de vista de la teoría de la comunicación como un caso límite: «Si todo lo que puedo hacer es crear, desde el lado receptor de un sistema comunicativo, un estado duradero completamente caracterizado en términos de su propio pasado, entonces dejo de dirigir información».

Cuando a una acción comunicativa le sigue otra, se prueba siempre si la comunicación anterior se entendió. Por más sorpresiva que sea la comunicación siguiente, siempre se le utiliza para observar y demostrar que se basa en la comprensión de la comunicación anterior. La prueba puede resultar negativa, y entonces, con frecuencia, ocasionar una comunicación reflexiva acerca de la comunicación. Pero para hacerlo posible (en la mayoría de los casos, para hacerlo innecesario!) debe existir siempre, paralelamente, una prueba de comprensión, de tal forma que siempre se desvíe una parte de la atención hacia el control de la comprensión. En este sentido, Warriner habla de la «confirmación» como el momento esencial de toda comunicación,¹⁰ lo cual implica tiempo. Sólo en la conducta siguiente puedo controlar que se me entienda, si esto no ha sucedido; pero también es posible, con cierta experiencia, arreglar antes mi comunicación de manera que pueda esperar que se me entenderá. En cualquier caso, cada comunicación individual —la cual de otra manera no existiría— está asegurada en forma recursiva por las posibilidades de comprensión y el control, en un enlace sucesivo de las comunicaciones siguientes, de la propia comprensión. Sólo es elemento como elemento de un proceso efímero, mínimo.

Estamos, en primer lugar, ante una autorreferencia basal,¹¹ es decir: el proceso debe consistir de elementos (acontecimientos) que al retomar su relación con otros elementos del mismo proceso se remiten a sí mismos. La autorreferencia basal es, a la vez, la condición previa de las estrategias consiguientes que la ocupan de manera especial. Cuando se sabe y cuando hay que tomar en cuenta que el entender controla, también se puede fingir comprensión; se puede descubrir que se finge la comprensión y, sin embargo, evitar que este descubrimiento penetre en el proceso comunicativo, y en un metanivel, se puede establecer comunicación acerca de que no se debe comunicar sobre el fingimiento y el descubrimiento, y también en este nivel, controlar nuevamente la comprensión. Pero sobre todo, la confirmación constante de la comunicación da más o menos frecuentemente ocasión a la comunicación sobre la comunicación. Llamaremos a esta desviación (a diferencia de la autorreferencia basal) *comunicación reflectiva*. Retomaremos más adelante este control de la comunicación de nivel superior, explícito y, por lo tanto, más arriesgado y reservado para casos especiales.¹²

Sobre el supuesto de que la comunicación es un proceso básico autorreferencial que coordina en cada uno de sus elementos tres selecciones diferentes, se infiere respecto de la teoría de sistemas que *no puede existir ninguna correlación correspondiente entre el entorno y la comunicación*. A la unidad de la comunicación no le corresponde nada en el entorno. La comunicación aparece, por lo tanto, *necesariamente como proceso de diferenciación*,¹³ y la simple comprensión de la complejidad del entorno se convierte en un problema de comunicación que ocupa mucho tiempo. Por supuesto, toda comunicación que necesita energía e información permanece dependiente del entorno, y tampoco se puede negar que cada comunicación remite, a través de las relaciones de sentido, directa o indirectamente al entorno del sistema. El proceso de diferenciación se refiere estrictamente a la homogeneidad y con ello al carácter

10. Véase Charles K. Warriner, *The Emergence of Society*, Homewood, IL, 1970, pp. 110 y ss. Sobre todo, es importante entender que precisamente en esta «confirmación» se realiza la intersubjetividad del proceso, y que se vuelve a establecer como su base: «Estos actos de confirmación por ambos actores complementan el proceso comunicacional. Cada actor sabe entonces que el otro sabe que él sabe lo que el otro "tenía en mente"» (p. 110).

11. Acerca de este concepto, véase con más detalle capítulo 11, apartado III.

12. Véanse pp. 152 y ss.

13. De aquí deduciremos más adelante que la sociedad, es decir, el sistema social más extenso, debe entenderse como un sistema operativo y autorreferencialmente cerrado. Véase capítulo 10.

cerrado de la relación entre las selecciones, a la selección de las selecciones en ella contenida, a la reducción de complejidad provocada por ello. Entonces, un sistema de comunicación nunca es autárquico, aunque puede adquirir autonomía por medio de un condicionamiento propio de síntesis comunicativa.

También en otro aspecto, esta teoría de las síntesis de la comunicación ilustra las relaciones *sui generis* entre sistema y entorno. Un sistema puede comunicar no sólo acerca de sí mismo, sino con la misma o quizás con mayor facilidad sobre otras cosas. A diferencia de la vida, no tiene una existencia atada al espacio, uno se lo puede imaginar como un pulsar constante: con cada selección temática, el sistema se expande o se contrae, recoge contenidos con sentido y deja de lado a otros. Así, un sistema de comunicación trabaja con estructuras abiertas respecto del sentido. Sin embargo, el sistema puede desarrollar límites propios y respetarlos, dado que es posible restringir la exigibilidad de la comunicación en el sistema.¹⁴ Sólo en segundo lugar surgen nuevamente barreras, tanto de la selección temática como de las formas de expresión con las que hay que contar en sistemas determinados. Es poco común encontrar en una tesis el enunciado «todo es una mierda», pero la impresión de lo insólito de hecho presupone la comprensibilidad del enunciado y su pertenencia al sistema de prueba.

III

El concepto de comunicación que acabamos de presentar se debe entender tal como se ha expuesto hasta aquí. Para esclarecer su alcance, intercalemos un pequeño excursus relacionado con la vuelta teórica trascendental de los análisis fenomenológicos de Husserl, así como la crítica expuesta por Jacques Derrida.

La diferencia entre información y acto de comunicar a la que se refiere el acto de entender, y que a su vez se proyecta hacia la comprensión, aparece en *Los análisis lógicos* de Husserl¹⁵ como diferencia entre señal y expresión. Nos interesa la diferencia de esta disposición de términos en comparación con la teoría de los sistemas sociales.¹⁶ El término *señal* significa siempre el señalamiento de otra cosa —sea que en la percepción se tome algo como señal de algo diferente, sea que se tome un acto de comunicar como señal para una situación de comunicación y para las ideas que la sustentan. Todo acto de comunicar se tiene que hacer a través de señales, pero también hay señales fuera de toda comunicación —por ejemplo, los canales de Marte como señal de la existencia de habitantes racionales. Valor de expresión y, por lo tanto, significado sólo existen en las señales cuando y mientras fungen en la «vida solitaria del alma» y la revisten de sentido.

Traducido a nuestro lenguaje conceptual, «expresión» no quiere decir otra cosa que la autopoiesis de la conciencia, y «sentido» o «significado» quiere decir la necesidad de obtener estructura en la forma de una relación intencional con algo. Existen,

14. Visto así, la introducción de la imprenta sólo podía tener éxito si al mismo tiempo se expandían los límites de la exigibilidad, se ampliaban los intereses supuestos de posibles lectores y se añadían instituciones educativas correspondientes. Véase Michael Giesecke, «"Volkssprache" und "Verschriftlichung des Lebens" im Spätmittelalter —am Beispiel der Genese der gedruckten Fachprosa in Deutschland», en Hans Ulrich Gumbrecht (comp.), *Literatur in der Gesellschaft des Spätmittelalters*, Heidelberg, 1980, pp. 39-70.

15. Edmund Husserl, *Logische Untersuchungen*, t. 2, 1, 3.^a ed.. La Haya, 1922, párr. 1-8. En vista de la brevedad del texto nos ahorraremos pruebas detalladas.

16. Retomaremos en el capítulo 7 la teoría de los sistemas psíquicos.

por lo tanto, señales con sentido expresivo y señales sin sentido expresivo, y existe una expresión con uso de señales y una expresión sin uso de señales (lo último en la simple realización de la «vida solitaria del alma», en el monólogo interior). *Sólo en el caso de la comunicación, ambas cosas coinciden forzosamente*: en el discurso comunicacional todas las expresiones funcionan como señales.

El interés filosófico de Husserl, sin embargo, no se dirige a la señal, sino a la expresión, es decir, a aquello que la conciencia realiza dentro de sí para sí misma. Este interés está predeterminado por disposiciones de la historia de la filosofía, pero se basa también en una comprensión insuficiente de la realidad comunicadora. La comunicación se concibe como acción, como discurso, como acto de notificar (es decir, no como se propone aquí, como unidad de información, acto de comunicar y acto de entender). Esta comprensión reductiva de la comunicación está en la base de la regresión de la teoría filosófica a la vida propia de la conciencia, que se motiva a veces (pero no siempre y no exclusivamente) por la acción comunicativa. Al mismo tiempo, por eso mismo hay que exigirle más a la conciencia que simplemente ser el modo operativo de los sistemas psíquicos. En la comprensión de la teoría trascendental se le coloca como sujeto, es decir, como *subiectum* para todo lo demás. El problema de la «intersubjetividad» se vuelve así imposible de resolver. Formulado de nuevo en el nivel de la teoría de sistemas, significa que esta filosofía utiliza únicamente la relevancia sistémica del sistema psíquico y que intenta compensar esta unilateralidad (que le permite pensar en la unidad) por medio de un peralte técnico trascendental.

Muy distinta es la crítica de Jacques Derrida.¹⁷ En el juego de señal y expresión, cambia a la posición contraria: a la señal como señal. La filosofía trascendental y su centralización de sujeto, se sustituyen por una semiología con centralización de diferencia que motiva sutiles análisis del juego entre presencia y ausencia, con los que trabaja Derrida. Esta iniciativa nos facilita iniciar el análisis de la comunicación de una diferencia, la que existe entre acto de comunicar e información. Esta diferencia se hace entendible por el uso de señales y se temporaliza, al mismo tiempo, como *différance* (en el sentido de un traslado temporal de la unidad y la diferencia). El problema del tiempo se convierte en un problema de mareaje por diferencias, y toma así el lugar de la vieja pregunta de cómo surge el sujeto.

No tenemos que decidir aquí entre teorías filosóficas, entre la teoría trascendental y la semiología. Sólo hay que revisar las sensibilidades conceptuales aquí producidas, antes de integrarlas a las ciencias empíricas, los cuales bien podrían aprender de los esfuerzos teóricos de la filosofía. Para la formación de una teoría sociológica, importará sobre todo la comprensión de que *ambas* posiciones de la controversia aquí esbozada se basan en una comprensión abreviada de la comunicación. Con el concepto de comunicación que utilizamos, estas posiciones quedan, por lo pronto atrás. Por eso no retomamos ni una posición básica de la teoría del sujeto (teoría de la acción), ni una de la teoría del signo (lingüístico, estructuralista), sino que tendremos que revisar, en todo caso, cuáles de las ideas generadas desde estas perspectivas teóricas pueden retomarse.

17. *La voix et le phénomène*, Paris, 1967. Edición alemana de Jochen Hörisch, *Die Stimme und das Phänomen: Ein Essay über das Problem des Zeichens in der Philosophie Husserls*, Frankfurt, 1979.

IV

Si se entiende la comunicación como síntesis de tres selecciones, como unidad de información, acto de comunicar y acto de entender, entonces la comunicación se realiza cuando y hasta donde se genera la comprensión. Todo lo demás sucede «fuera» de la unidad de una comunicación elemental y la presupone. Esto es válido, sobre todo, para el caso de un cuarto tipo de selección: la aceptación o el rechazo de la selección notificada de sentido. En el receptor de la comunicación hay que distinguir la comprensión de su sentido selectivo de la aceptación o el rechazo de la selección como premisa de la propia conducta. Esta diferenciación reviste una importancia considerable para el nivel teórico. Por eso le dedicamos un apartado.

Cuando decimos que la comunicación propone y logra un cambio de estado en el receptor no se piensa sino en la comprensión de su sentido. La comprensión es aquella tercera selección que cierra el acto comunicativo. Se lee que el tabaco, el alcohol, la mantequilla, la carne congelada, etcétera, ponen en peligro la salud, y ya se es (como alguien que ha podido saberlo y tomarlo en cuenta) otro —¡lo crea uno o no! Ya no se puede buscar, sólo se puede creer o no creer. Independientemente de la forma como uno decida, la comunicación fija una posición del receptor sin lo cual esta no existiría pero que sólo puede ser determinada por ella misma. No importa, entonces, la aceptación o el rechazo, ni la siguiente reacción en el término de comunicación.¹⁸

Como cambio del estado de receptor, la comunicación actúa como una limitación: excluye la arbitrariedad indeterminada de lo que aún es posible (entropía). En otro sentido, también amplía, precisamente por eso, las posibilidades. Provoca (¿se puede decir coprovoca?) la posibilidad del rechazo. «Cada palabra pronunciada incita al sentido contrario»,¹⁹ un sentido contrario que sin la palabra pronunciada ni siquiera podría existir. Así, la determinación siempre hace posible también la resistencia, y eso se puede saber y tomar en cuenta antes de decidirse por la comunicación.

La aceptación y el rechazo de una selección exigida y comprendida, sin embargo, no forman parte de la acción comunicativa; son actos de enlace. En la propia comunicación, el sentido opuesto sólo existe en forma latente. La unidad de la comunicación individual, de acuerdo con la dinámica, no es más que la facultad de enlace. Debe ser y es más que la facultad de enlace. Debe ser y conservarse como unidad para que en otra forma pueda volver de nuevo a convertirse en diferencia, es decir, la diferencia entre aceptación y rechazo. También la pregunta acerca de si alguien retoma o no como premisa para su propia conducta la información/acto de comunicar, surge solamente frente al siguiente acontecimiento. Son selecciones con las que la comunicación influye sobre su entorno y/o regresa a sí misma. Es parte de la comunicación crear una situación social que permita esperar tales decisiones de enlace. Es un efecto intencionado crear una situación tan aguda aunque abierta, y la comunicación puede absorber elementos de presión que empujan al receptor en dirección más a la aceptación que al rechazo. Tales presiones surgen en parte mediante la perspectiva conflictual y el intento de evitar el conflicto, y de manera parcial (y estrechamente

18. Aun cuando esto no debería requerir de otra explicación, añadimos que de otra forma una comunicación rechazada no sería comunicación, es decir, no sería posible el rechazo de comunicación. Esto, sin embargo, sería una forma muy irreal de la formación del concepto; la comunicación se caracteriza precisamente porque abre una situación para su aceptación o rechazo.

19. *Aus Ottüiens Tagebuche. Die Wahlverwandschaften*, cit. según *Obras* de Goethe, ed. Ludwig Geiger, t. 5, 6.^a ed., Berlin, 1893. p. 500.

unido a ello) gracias a los medios de comunicación simbólicamente generalizados. Después retomaremos este punto.

La expresión más abstracta de tales presiones son signos con sentido que funcionan como expresión acerca de la existencia (por ejemplo, los operadores lógicos correspondientes, como expresión valedera), sobre todo el esto «es». Se refiere, más allá de la comunicación, a necesidades supuestas de la aceptación de su selección. Las ontologías se generan sobre esta base como productos secundarios de la comunicación, y finalmente son sustituidos, más o menos, por los códigos ampliados de medios de comunicación simbólicamente generalizados. Aparentan una firmeza y eso vale, *mutatis mutandis*, también para las semánticas que les siguen, precisamente porque la comunicación reproduce invariablemente de nuevo la libertad de aceptar o rechazar.²⁰

En una formulación un poco diferente, se puede decir también que la comunicación transforma la diferencia entre información y acto de comunicar en la diferencia de la aceptación o el rechazo de la comunicación, es decir, que transforma un «y» en un «o». Aunque hay que tomar en cuenta, según el teorema de la doble contingencia, que de ninguna manera *alter* representa a una y *ego* a la otra diferencia, sino que ambas deben ser vistas y manejadas de ambos lados. No se trata de una diferencia social de la posición, sino de una transformación temporal. La comunicación es, entonces, un suceso completamente autónomo, autorreferencialmente cerrado, del procesamiento de selecciones que nunca pierden su carácter de selecciones; un suceso del cambio constante de la forma de materiales con sentido, de la transformación de libertad en libertad bajo condiciones cambiantes, sin perder de vista que siempre y cuando el entorno está ordenado de modo suficientemente complejo y no arbitrariamente, aparecen poco a poco experiencias de pruebas que se reintegran al proceso. Así se forma, en una evolución epigenética, un mundo con sentido que a su vez hace posible una comunicación cada vez más improbable.

Para seguir tratando la cuestión así abierta (y constantemente reabierta) acerca de la aceptación o el rechazo de una propuesta con sentido comunicada, la sociología actual dispone, sobre todo, de dos principios. De manera primordial, el problema se registra bajo la clave de una *transacción*. Se entiende este término como interacciones que reaccionan ante diferencias de valor entre los participantes, por encima de todo intercambio y conflicto.²¹ Ni la teoría del intercambio ni la teoría del conflicto, sin embargo, han podido convencer como teorías globales como lo han hecho las teorías de la comunicación. Se podrá comprender mejor la transacción en estas dos formas, si se toman como requisición del nivel de interacción para el tratamiento de las diferencias de valor y para la realización de cumplimiento o de rechazo. En contraste, la

20. Desde el punto de vista científico, el lenguaje «es» sumamente desconcertante, dada su incapacidad para expresar al mismo tiempo, contra qué diferencia se designó aquello que debe ser seleccionado y lo que entonces será determinado a perderse. El lenguaje burocrático con sus muchas veces criticadas pedanterías («dar parte», «tomar una decisión», «hacer una proposición», «tomar conocimiento», etcétera) es mucho más útil para eso. Operacionaliza la contingencia, aunque también aquí la conciencia de las diferencias y las alternativas se lleva sólo en forma abstracta. Véase (siguiendo a E.A. Singer) también C. West Churchman, *The Design of Inquiring Systems: Basic Concepts of Systems and Organization*, Nueva York, 1971, pp. 201 y s.

21. Véase célebres ejemplos en John Thibaut y Harold H. Kelley, *The Social Psychology of Groups*, Nueva York, 1959; George C. Homans, *Social Behavior: Its Elementary Forms* (1961), 2.^a ed., Nueva York, 1974; Thomas C. Schelling, *The Strategy of Conflict*, Cambridge, MA, 1960; Richard M. Emerson, «Power-Dependence Relations», *American Sociological Review*, 27 (1962), pp. 31-41. Para una clara separación de comunicación y transacción de diversas áreas de análisis, se ha preocupado sobre todo Alfred Kuhn. Véase *The Logic of Social Systems*, San Francisco, 1974, pp. 137 y ss. Como homenajes retrospectivos. Véase también Peter P. Ekeh, *Social Exchange: The Two Traditions*, Londres, 1974; y John K. Chadwick-Jones, *Social Exchange Theory: Its Structure and Influence in Social Psychology*, Londres, 1976.

teoría trata *los medios de comunicación simbólicamente generalizados* más bien en forma de la macrosociología, y aun dentro de la teoría general de la comunicación, como anticipación para la selección entre aceptación y rechazo de una comunicación. Pero tampoco ella explica «suficientemente» por qué, a pesar de contar con los medios simbólicos, se llega a una conducta contraria al código y a una comunicación ineficaz que no logra su cometido en el manejo de la conducta. Habrá que combinar, entonces, la teoría de la transacción con la teoría de los medios simbólicos, para poder entender qué consecuencias tiene el abrir la comunicación a la aceptación o al rechazo de una propuesta con sentido en los sistemas sociales. Seguir con este tema requeriría elaborar una teoría de la sociedad y una teoría de la interacción. Nosotros volvemos, en lugar de desviarnos por estos caminos, a la teoría general de la comunicación.

V

El concepto de comunicación orientado a la diferenciación y la selección hace comprensibles los problemas y las barreras de la conducta comunicadora observados y descritos desde hace siglos. Una vez sumergido en la comunicación, nadie puede regresar al paraíso de las almas simples (ni como esperaba Kleist, por la puerta de servicio). Esto se demuestra en forma típica con el tema (sólo actual para los tiempos modernos) de la sinceridad.²² La sinceridad no se puede comunicar, de otra manera se vuelve falsa debido a la comunicación, ya que esta presupone la diferencia entre información y acto de comunicar, así como el hecho de que ambas son contingentes. Se puede comunicar algo acerca de uno mismo, acerca de los estados, los humores, las posiciones, las intenciones propios; pero únicamente en el sentido de presentarse a uno mismo como contexto de información que podría ocurrir también de otra manera. Por ello, la comunicación libera una sospecha que abarca todo, una sospecha universal e imposible de solventar, y toda afirmación o acallamiento no hace sino regenerarla. Así se explica también que este tema se vuelva relevante en la corriente de un proceso acelerado de diferenciación del sistema social que refleja crecientemente la peculiaridad de la comunicación. La falta de sinceridad de la sinceridad se convierte en tema en cuanto la sociedad es concebida como algo que se mantiene unido no por un orden natural, sino por la comunicación.²³

Este hecho se había registrado primero como problema antropológico; se basa, sin embargo, en una paradoja general de la teoría de la comunicación. No es necesario creer lo que se dice (por ejemplo, cuando se dice «buenos días»). De todas maneras, no se puede decir que se pretende lo que se dice. Se puede exponer a través del lenguaje, pero la afirmación despierta la duda, es decir, tiene un efecto contrario. Además, habría que suponer también la posibilidad de poder decir que no se pretende lo que se dice. Pero si se dice, el interlocutor no puede saber qué se pretende cuando se dice que no se pretende lo que se dice. Todo termina en la paradoja de Epiméni-des. No puedo saber nada aún si me esfuerzo por entender al interlocutor; por lo tanto, la comunicación pierde el sentido.

22. Véase Lionel Trilling, *Sincerity and Authenticity*, Cambridge, MA, 1972.

23. «Llamo sociedad a las comunicaciones de los hombres entre ellos...», se lee en el fisiócrata Nicolas Baudeau, *Première Introduction à la philosophie économique ou analyse des états polices* (1771), cit. en Eugène Daire (comp.), *Physiocrates*, Paris, 1846, reimpr. Ginebra. 1971, pp. 657-821 (663).

Las razones de esta paradoja de la incomunicabilidad están en que el que comprende debe suponer autorreferencia del lado del que comunica, para poder diferenciar información y acto de comunicar. Por eso se informa en cada comunicación acerca de la posibilidad de una divergencia entre autorreferencia y acto de comunicar. Sin este trasfondo, la comunicación no se podría entender, y sin perspectiva de ser comprendida, ni siquiera ocurriría. Uno se puede equivocar, puede engañar al otro; pero no se puede partir de que no existe esta posibilidad.

La comunicación, como ya hemos aludido, es posible sin intención de comunicar, si *ego* logra observar, no obstante, una diferencia entre información y acto de comunicar. Bajo la misma condición, la comunicación también es posible sin lenguaje, por ejemplo, por medio de una sonrisa, miradas interrogantes, vestimenta, ausencia y, en general, por desviarse de las expectativas cuyo conocimiento se puede dar por probado.²⁴ Pero siempre debe ser posible interpretar el acto de comunicar como selección, es decir, como autodeterminación de una situación con doble contingencia percibida. Por eso, falta la comunicación cuando una conducta observada sólo se comprende como signo de otra cosa. Así, un andar rápido puede ser observado como signo de prisa, pero también puede entenderse como demostración de prisa, de estar ocupado, de no querer ser abordado, etcétera, y ser producido con la intención de provocar tal idea.

De esta manera, no podemos usar ni la intencionalidad ni lo relativo al lenguaje para definir el concepto de comunicación.²⁵ En su lugar, nos basamos en la conciencia de la diferencia; es decir, en la diferencia entre información y acto de comunicar implícita en toda comunicación. La comunicación, por decirlo así, procesa esta diferencia; esto aclara, a la vez, cómo es posible la evolución del lenguaje y lo que se gana con ello. Desde mucho antes existía la posibilidad de usar algo como signo de algo distinto. El lenguaje artificializa esta posibilidad, la separa de la condición de las regularidades dadas por la naturaleza y puede multiplicarlas así, a gusto. Por otra parte, la intención de la comunicación es innegable en la comunicación por medio del lenguaje (si bien se puede negar frecuentemente haber pretendido decir lo que se dijo, y usar entonces la comunicación por medio del lenguaje para comunicar algo que deliberadamente carece de intención). En ello radica una limitación considerable de las posibilidades de comunicación de lo que puede concebirse como intención de comunicación o en último caso que puede formarse como comunicación indirecta, sin intención. Esto resalta al mismo tiempo, más claramente, la diferencia de la autoselectividad del acto de comunicar en relación con la selectividad de la información. La comunicación por medio del lenguaje requiere, entonces, respecto de la comunicación social, de un centro reforzado; sólo puede controlar su conducta lingüística aquel que también sabe callar.²⁶

24. Debe haber sido de un significado especial para la evolución de formas de comunicación después de un proceso de diferenciación, el que en la *discontinuación* o la *interrupción* de desarrollos esperados existan oportunidades especiales de comunicación. Sólo podemos aludir aquí a esta reflexión. Podría confirmar que la evolución, de hecho, reacciona a acontecimientos que facilitan la complejidad.

25. Esto, por lo demás, corresponde exactamente a la opinión predominante. Demasiados fenómenos importantes —precisamente también en la comunicación intencional y lingüística, misma que frecuentemente notifica más y otras cosas de lo que se pretendía y se abarcaba en el lenguaje— quedarían desenfocados si se definiera demasiado estrechamente el concepto de comunicación.

26. Este tema se discutía mucho en los siglos XVII y XVIII. Véase Nicolas Faret, *Vhonneste homme, ou l'art de plaire à la Cour*, Paris, 1630, cit. según ed. de Paris, 1925, pp. 73 y ss. Jacques du Bosq, *Vhonneste femme*, reed. Rouen, 1639, pp. 56 ss.; Madeleine de Scuderi, «De parler trop ou trop peu, et comment il faut parler», en idem, *Conversations sur divers su jets*, t. 1, Lyon, 1680, pp. 159-204; Jean Baptiste Morva de Bellegarde, *Conduite pour se taire et pour parler, principalement en matière de religion*, Paris, 1696,

Así pues, en la comunicación por medio del lenguaje, la dependencia del proceso comunicacional se separa también de la capacidad observadora del *ego* y de todas sus ambivalencias. *Ego* no sólo debe saber ver la diferencia, sino que esta le debe ser impuesta sin doble sentido. *Alter* habla con él acerca de algo; incluso si *alter* quisiera hablar sobre sí mismo o sobre su habla, aún entonces tendría que reproducir aquella diferencia, es decir, tendría que tratar algo de sí mismo o de su habla como información que desea comunicar. En vista de la conducta lingüística, *ego* puede confiar, pues, en que la diferencia que constituye la comunicación ya se ha formado. A propósito, se puede sentir aliviado. Su atención queda libre para la comprensión de lo que se dice.

Esto se puede resumir en la tesis de que el lenguaje posibilita el proceso de diferenciación de los procesos comunicacionales de un contexto perceptible (si bien exigente, complejo). Sólo por medio del proceso de diferenciación de los procesos comunicacionales, se puede dar el proceso de diferenciación de los sistemas sociales. De ninguna manera estos consisten únicamente de comunicación lingüística, pero el hecho de que con base en la comunicación lingüística hayan pasado por un proceso de diferenciación, marca todo lo relacionado con la acción social, incluso las percepciones sociales. No sólo la concisión fenoménica especial, el carácter llamativo y destacado de la conducta lingüística, hace aportaciones al proceso de diferenciación. Igualmente importante es que el lenguaje asegure la reflexividad del proceso comunicacional, haciendo posible así la autodiferenciación.

Son reflexivos aquellos procesos que también se pueden aplicar a sí mismos. En el caso de la comunicación, esto significa que es posible comunicar acerca de la comunicación; convertir el transcurso, de la comunicación en la comunicación en un tema; inquirir y exponer el cómo de algo pensado; pedir comunicación, rechazar comunicación, establecer relaciones entre comunicaciones, etcétera. La base está formada también aquí, y en cada caso, por la diferencia entre información y acto de comunicar; sólo que en el caso de la comunicación reflexiva se trata de la comunicación como información, y se la convierte en objeto de la participación comunicativa. Sin lenguaje, esto probablemente no sería posible,²⁷ dado que lo percibido como comunicación no es suficientemente unívoco para un trato comunicador consecutivo. Como siempre sucede, el que un proceso se vuelva reflexivo presupone un proceso suficiente de diferenciación y una especificación funcional. Sólo el lenguaje asegura la reflexividad en el sentido de una posibilidad siempre presente, disponible relativamente sin problemas, no demasiado sorprendida por remitirse a sí misma al proceso comunicativo.

La reflexividad puede servir también para compensar el riesgo de mayor complejidad y selectividad más expresa. Uno puede arriesgar actos de comunicación inesperados, poco usuales, formular de manera más concentrada y presuponer, sin comprobación, los horizontes de comprensión. La comunicación es posible, aun entre absolutos desconocidos, cuando se pueden hacer preguntas en caso de dudas o dificultades de comprensión. No es necesario lograrlo todo en la comunicación directa, ya que, además, ésta dispone de un metanivel en el cual se puede comunicar el logro o el fracaso de un entendimiento de comunicación.

En la comunicación lingüística, el regreso reflexivo a la propia comunicación es tan fácil que se requieren barreras especiales para eludirla. Tales barreras encajan en un uso conscientemente metafórico de la palabra o la imagen, en dobles sentidos

27. Klaus Mertens opina diferente en *Kommunikation: Eine Begriffs- und Prozessanalyse*, Opladen, 1977; él considera la reflexividad como la única característica generalizable como tal de la comunicación.

premeditados, en paradojas y expresiones humorísticas y chistosas. Estas formas de lenguaje transmiten al mismo tiempo la señal de que una pregunta por el porqué no tiene sentido alguno. Sólo funcionan en el momento mismo o no funcionan.²⁸

La reflexión efectuada en este apartado nos ha permitido reconocer cómo se generan relaciones en aumento. Todo depende de la posibilidad de establecer una diferencia inicial, diferencia que se encuentra en la diferenciación realizada por un observador entre dos acontecimientos selectivos, información y acto de comunicar. Una vez asegurada, otros elementos pueden seguir, se pueden formar expectativas correspondientes, se puede desarrollar y codificar una conducta especializada, es decir, de habla, al respecto. Los términos pueden definirse de diferentes maneras; y especialmente para el término comunicación existe un gran número de propuestas muy diversas.²⁹ Nos basamos en una versión que se apoya en aquello que hace posible la comunicación, es decir, una diferencia que constituye el proceso y le otorga libertad.

VI

La comunicación es selectividad coordinada. Sólo se genera cuando *ego* fija su estado con base en una información que se ha comunicado. También hay comunicación cuando *ego* considera insuficiente la comunicación y no quiere cumplir el deseo acerca del que informa, no quiere seguir la norma a la cual remite el caso. El que *ego* tenga que distinguir entre la información y el acto de comunicar, lo capacita para la crítica y en todo caso para el rechazo. Esto no cambia en nada el que haya habido comunicación. Al contrario: como se expuso anteriormente, también el rechazo es fijación del estado propio con base en una comunicación. Dentro del proceso comunicacional, entonces, queda integrada *necesariamente* la *posibilidad* del rechazo.

Con base en lo anterior, podemos definir un suceso elemental de comunicación como la unidad más pequeña negable. Esta no pretende ser lógica, sino práctica respecto de la comunicación. Cada frase, cada exigencia, abre muchas posibilidades de la negación: no eso, sino aquello; no así; no ahora, etcétera. Estas posibilidades permanecen abiertas como referencia al sentido, mientras *ego* no haya reaccionado. El acto de comunicar mismo es en un principio únicamente una oferta de selección. Sólo la reacción cierra la comunicación, y sólo en ella se puede reconocer lo generado como unidad. Precisamente por eso, la comunicación no debe ser entendida como acción; tampoco, y, en especial, cuando se pregunta por la unidad última, ya no fraccionable. Retomaremos este punto en el apartado VIII.

Por lo pronto nos interesa el hecho de que la comunicación pocas veces aparece como unidad individual (como grito de advertencia; como grito de socorro; como favor que puede ser concedido de inmediato; como saludo; como acuerdo ante la puerta acerca del problema de quién pasa primero; como compra de un boleto para el cine). Muchas veces, las comunicaciones de este tipo son posibles sin lenguaje, o principalmente sin lenguaje, pero en cualquier caso dependen demasiado del contexto. Un proceso más intenso de la diferenciación de acontecimientos comunicacionales

28. Véase John Gregory, *A Comparative View of the State and Faculties of Man with those of the Animal World*, 2.^a ed., Londres, 1766, pp. 145 y s. Hoy en día, el término chiste/humor es común como una especie de cortocircuito en la diferenciación de los niveles de tipos lógicos, en lo cual, sin embargo, no se toma en cuenta la estructura temporal, la momentaneidad necesaria.

29. Mertens, *op. cit.*, reúne en un apéndice 160 definiciones para el término comunicación.

requiere de la unión de un mayor número de unidades de comunicación en un proceso —tomando proceso en el sentido antes determinado,³⁰ es decir, como unión temporal de una mayoría de acontecimientos selectivos por medio del condicionamiento mutuo.³¹ El proceso de diferenciación requiere del procesamiento de la comunicación con acceso a autorreferencias novedosas. El proceso comunicacional puede reaccionar a sí mismo; puede repetir, si es necesario, lo dicho, lo puede complementar, revisar; permite el discurso y su contestación; puede hacerse reflectivo al tratarse a sí mismo como proceso comunicacional. El proceso de diferenciación y la relativa independencia del contexto presuponen, por lo visto, no-arbitrariedades ordenadas, internas, ya que únicamente así se pueden eliminar las condiciones previas para la comprensión, posibilitando una comunicación comprensible desde sí misma. Pero ¿cómo se convierte, pues, la comunicación en un proceso?

También aquí, una diferencia especial, específicamente funcional, parece fungir como condición de posibilidad, esto es, *la diferencia entre temas y aportaciones*. Las relaciones entre comunicaciones deben ordenarse por temas, a los cuales se pueden referir las aportaciones.³² Los temas sobreviven a las aportaciones, reúnen varias colaboraciones en un contexto de sentido más amplio, tanto a corto como a largo plazo. Acerca de algunos temas se puede hablar eternamente. También a través de los temas se regula quién puede aportar qué. Los temas discriminan las aportaciones y con eso también a los colaboradores. Así, por ejemplo, la selección de temas acerca de los cuales todos los presentes puedan aportar algo pertenece a los requerimientos de la comunicación social; son temas que no incitan el individualismo de nadie y que otorgan a todos la oportunidad de aportar algo lo suficientemente individual para que puedan reconocerse.³³

La diferencia entre temas y aportaciones no se ha caracterizado aún suficientemente como «diferencia de niveles». Respecto del contenido se regulariza así la negatividad. Por una parte, existen barreras de tematización, por ejemplo, respecto de obscenidades, sentimientos o pronunciamientos religiosos, o de cualquier materia conflictiva en general.³⁴ Por otra parte, la aceptación del tema es la condición previa para que las aportaciones puedan comentarse negativamente, para que su contenido pueda ser rechazado, corregido, modificado. Las barreras de tematización pueden ser altas precisamente porque, al aceptar el tema, habría que tomar en cuenta demasiadas aportaciones con posibilidad de ser negadas. La diferencia de niveles disuelve, entonces, las tendencias negativas demasiado compactas y, por lo tanto, inevitablemente tendientes a lastimar la intimidad; y no es casual que la bibliografía empiece a tomar en cuenta este hecho en la temprana Edad Moderna, en la medida en que las personas individuales destacan más en las relaciones comunicacionales.³⁵

30. Capítulo 1,111,3.

31. No olvidemos que la unidad de la comunicación misma se basa en un enlace de acontecimientos selectivos; pero eso es otra cuestión.

32. Véase con respecto a los sistemas personales y sus situaciones, Jürgen Markowitz, *Die soziale Situation*, Francfort, 1979, sobre todo pp. 69 y ss., y acerca del término medio «campo temático», véanse pp. 115 y s.

33. Friedrich D.E. Schleiermacher, «Versuch einer Theorie des geselligen Betragens», en *Obras Auswahl in vier Bänden*, 2.^a ed., Leipzig, 1927, t. 2, pp. 1-31.

34. Existe bastante bibliografía acerca de esto, sobre todo en la segunda mitad del siglo XVII y en la primera del XVIII. Véase Claude Buffler, *Traité de la société civile*, Paris, 1926, sobre todo t. 2, pp. 91 y ss.; François-Augustin Paradis de Manicri, *Essais sur la nécessité et sur les moyens de plaire*, Amsterdam, 1738, sobre todo p. 190. Acerca de las barreras de tematización en cuestiones legales, véase también Niklas Luhmann, «Kommunikation über Recht in Interaktionssystemen», en idem, *Ausdifferenzierungen des Rechts*, Francfort, 1981, pp. 53-72.

35. Acerca de este punto, en general véase Pietro Toldo, «Le courtisan dans la littérature française et ses rap-

Para poder coordinar las aportaciones, los temas poseen un contenido concreto, trátase de los amoríos de una actriz, de los valores de la Bolsa y sus explicaciones, de un libro nuevo, de los hijos de trabajadores extranjeros. No hay límites para la especialización de los temas —con excepción de aquellos que resultan del interés por la caracterización de la comunicación. Pero los temas tienen también un aspecto temporal. Uno puede recordar aportaciones anteriores al tema. Los temas son viejos o nuevos, ya aburridos o aún interesantes, y todo ello probablemente de diferente modo para interlocutores diferentes. En algún momento llegan a un punto de saturación a partir del cual ya no se pueden esperar aportaciones nuevas. Un tema viejo tiene que reclutar, entonces, colaboradores nuevos para seguir viviendo. Un tema nuevo, por el contrario, para muchos interlocutores puede ser demasiado nuevo como para poder estimular aportaciones razonables.³⁶

Finalmente, como ya se indicó en el ejemplo de la «sociabilidad», el aspecto social de la selección del tema es también de gran relevancia, pues no sólo alude a la congenialidad, al hecho de que los temas respondan más o menos a los interlocutores y a sus posibilidades de colaboración. La dimensión social se actualiza, primordialmente, debido a que las comunicaciones como acción perceptible unen más o menos a los participantes, lo cual significa que con las comunicaciones dicen también algo acerca de sí mismos, de sus opiniones, sus posiciones, sus experiencias, sus deseos, su madurez para juzgar, sus intereses. La comunicación también sirve para presentarse, para conocerse; y entonces puede provocar, efectivamente, que uno se vea obligado a adherirse a una forma; en el fondo, es importante ser lo que uno aparenta en la comunicación: a fin de cuentas, el seductor debe amar.³⁷

Este efecto de unión aparece con más fuerza cuando los temas de comunicación adquieren un tono moral o, incluso, cuando se tratan temas morales. La moral regula las condiciones de la estima o la desestima mutua.³⁸ Si se recurre a temas apropiados para la moralización de la comunicación se puede provocar aprecio; uno puede presentarse a sí mismo como digno de aprecio o dificultar a otros el opinar lo contrario; se puede probar si alguien merece estima; se puede tratar de captar a otros en la red de las condiciones de la estima, para luego atraparlos en la red; pero también se puede seducir a otros a comprometerse moralmente consigo mismos, para después abandonarlos. Las moralizaciones se pueden utilizar para mostrar que a uno no le interesa mucho la estima de un interlocutor determinado. Según el grado de libertad que respecto de la moral sea permitida por la sociedad,³⁹ la moral puede servir más

ports avec l'oeuvre de Castiglione», *Archiv für das Studium der neueren Sprachen und Literaturen*, 104 (1900), pp. 75-121, 313-330; 105 (1900), pp. 60-85; Helmut Anton, *Gesellschaftsideal und Gesellschaftsmoral im ausgehenden 17. Jahrhundert: Studien zur französischen Moralliteratur im Anschluss an J.-B. Morvan de Bellegarde*, Breslau, 1935; Christoph Strosetzki, *Conversation: Ein Kapitel gesellschaftlicher und literarischer Pragmatik im Frankreich des 18. Jahrhunderts*, Frankfurt, 1978; Niklas Luhmann, «Interaktion in Oberschichten», en idem, *Gesellschaftsstruktur und Semantik*, t. 1 Frankfurt, 1980, pp. 72-161.

36. La situación temporal de los temas ganó, sobre todo, por los medios de comunicación masiva modernos, un significado amplio, cuando no decisivo, respecto de la selección de los temas. Véase Niklas Luhmann, «Öffentliche Meinung», en idem, *Politische Planung*, Opladen, 1971, pp. 9-34; idem, «Veränderungen im System gesellschaftlicher Kommunikation und die Massenmedien», en idem, *Soziologische Aufklärung*, t. 3, Opladen, 1981, pp. 309-320.

37. Un tema favorito de la novelística; véase *Adolphe* de Benjamin Constant. Los traslados correspondientes del tiempo se notan también en la investigación empírica: el hombre ama primero y románticamente, la mujer un poco más tarde y entonces de verdad. Véase Bernard I. Murstein, «Mate Selection in the 1970's», *Journal of Marriage and the Family*, 42 (1980), pp. 777-792 (785).

38. Así, por lo menos un término moral sociológico. Véase para más detalles Niklas Luhmann, «Soziologie der Moral», en Niklas Luhmann y Stephan H. Pförtner (comps.), *Theorie und Moral*, Frankfurt, 1978, pp. 8-116.

39. Eso es en parte (y para el pensamiento burgués, primordial) una cuestión de diferenciación entre moral y

bien, a la manera de Durkheim, para el fortalecimiento de la solidaridad o para acentuar la crítica, el distanciamiento y los conflictos.

Los temas sirven, pues, como sistemas concreto-temporal-sociales del proceso comunicacional, y fungen en él como generalizaciones en la medida en que no determinan cuáles aportaciones serán otorgadas, ni cuándo, en qué orden y por quién. En el nivel de los temas es posible actualizar relaciones de los sentidos que difícilmente podrían obviarse mediante la comunicación individual. Por ello, finalmente, la comunicación es un proceso dirigido, en general, pero no necesariamente, por temas. Al mismo tiempo, los temas son reducciones de la complejidad abierta por el lenguaje. El que las formulaciones sean simplemente correctas en el nivel lingüístico no es suficiente. Sólo por medio de los temas se puede controlar que la conducta referente a la comunicación, propia y ajena, sea correcta en el sentido de una adaptación-alterna. Así, los temas son propiamente los programas de acción del lenguaje.⁴⁰ Cuando ya sólo se trata de la mejor manera de cazar ratones con ratoneras, todavía se puede aportar bastante, aunque no arbitrariamente; y uno está suficientemente preorientado por el tema como para poder hacer una selección rápida de sus aportaciones, y para controlar que sean adecuadas las aportaciones de los demás — el sufrimiento de los ratones permite probar la sensibilidad de los interlocutores, y se puede cambiar de tema una vez que se obtenga la impresión de que el tema está agotado para uno mismo y para los demás.

VII

Los temas, al igual que las aportaciones, se pueden rechazar. Además, en toda comunicación hay que esperar una cuota más o menos alta de pérdida, por falta de comprensión y una producción de desperdicio. Estas, sin embargo, son dificultades aceptables, restos de una problemática mucho más profunda. Después de haber bosquejado cómo funciona la comunicación, debemos preguntarnos ahora en forma mucho más radical, ¿cómo es posible este funcionamiento normal?

Desde la perspectiva de los logros evolutivos, el éxito de la comunicación debe parecer extremadamente improbable.⁴¹ La comunicación presupone seres vivos autónomos con su entorno propio y procesador de información. ¿Cómo es posible, bajo tales circunstancias, una comunicación, es decir, una selectividad coordinada? Esta pregunta se agudiza aún más debido a nuestra ampliación del concepto de comunicación de una selección de dos cifras a una de tres cifras. No sólo se trata de que los seres vivos se convierten unos en otros; no sólo se trata de un simple acuerdo de sus conductas, como en un baile. Tienen que buscar y encontrar concertación respecto de circunstancias universales contingentes, es decir, posibles también de otra manera. Si ya la superación de la doble contingencia es incierta, ¿cómo utilizar esta incertidumbre para obtener seguridad acerca de circunstancias universales inciertas? En otras palabras: ¿cómo es posible la comunicación como *procesamiento de información*?

Si se pregunta más detalladamente, uno se encuentra con un número mayor de

derecho; pero también, en parte, una cuestión de movilidad social, de la facilidad y la falta relativa de consecuencias de la interrupción de contactos.

40. En un sentido que expondremos con más detalle en el capítulo 8, IX, por la distinción entre valor/programa/rol/persona.

41. Sigo aquí una idea ya publicada. Véase Niklas Luhmann. «Die Unwahrscheinlichkeit der Kommunikation», en idem, *Soziologische Anfertigung*, t. 3, Opladen, 1981, pp. 25-34.

problemas, un número mayor de obstáculos que deben ser superados por la comunicación para que esta se pueda siquiera generar.

Volviendo al punto cero de la evolución, es improbable que *ego entienda* lo que pretende *alter* —dada la separación e individualización de sus cuerpos y sus conciencias. El sentido sólo puede ser entendido en su relación con el contexto y como contexto funge primero lo que para cada quien presenta su propio campo de percepción y su propia memoria. Además, como decíamos antes, el acto de entender incluye siempre el malentendido, y este componente será tan alto al no poder basarnos en condiciones previas adicionales, que la combinación se volverá improbable. (El problema se repite en cada situación en que se pretende establecer comunicación, y no solo en las discusiones teóricas de la sociología.)

La segunda improbabilidad se refiere a la *accesibilidad* de los destinatarios. Es improbable que la comunicación llegue a más personas de las presentes en una situación concreta; y esa improbabilidad crece cuando se requiere además que la comunicación se transmita sin cambios. El problema se encuentra en la extensión espacial y temporal. El sistema de interacción de los presentes en cada situación garantiza, en una medida prácticamente suficiente, la atención para la comunicación. Más allá de los límites del sistema de interacción, las reglas aquí vigentes no pueden obtenerse a la fuerza. Incluso cuando la comunicación encuentra portadores de sentido transportables y duraderos, más allá de los límites de interacción se vuelve improbable que sea tomada en cuenta. En otras partes la gente está ocupada en otra cosa.

Una tercera improbabilidad es la del *éxito*. Incluso cuando una comunicación es comprendida por quien es alcanzado por ella, no será del todo seguro que se le acepte y se le tome en cuenta. Al contrario: «cada palabra pronunciada provoca su contrasentido», La comunicación sólo tiene éxito *si ego* acepta el contenido selectivo de la comunicación (la información) como premisa para su propia conducta. Aceptar puede significar actuar de acuerdo con directivas determinadas pero también experimentar, pensar, elaborar más información bajo la condición de que una información determinada acierte. El éxito de la comunicación es una unión lograda de selecciones.

Estas tres improbabilidades no sólo son obstáculos para lograr la comunicación, no sólo dificultan que se alcance la meta, también actúan a la vez como barreras de desmoralización. Quien considera que una comunicación no tiene esperanzas, la abandona. Por eso hay que esperar primero que la comunicación no exista siquiera o que, si existe, vuelva a ser eliminada por evolución. No obstante sin comunicación, no se pueden generar sistemas sociales. Habría que esperar, entonces, entropía, pero sucede lo contrario, el teorema de la improbabilidad no se contradice, indica tanto más precisamente dónde están los problemas cuya solución en el transcurso de la evolución, hace posible la comunicación; pone en marcha la generación de un sistema, transforma lo improbable en probable. Las improbabilidades del proceso comunicacional y la manera como se superan y transforman en posibilidades, regularizan a la vez la construcción de los sistemas sociales. Hay que entender el proceso de la evolución sociocultural como transformación y expansión de las oportunidades para una comunicación exitosa, como consolidación de las expectativas alrededor de las cuales la sociedad construye más tarde sus sistemas sociales. Es obvio que este no es un simple proceso de crecimiento, sino un proceso selectivo que determina qué tipos de sistemas sociales serán posibles, cómo se distingue la sociedad de la simple interacción y qué se excluye por demasiado improbable.

Se reconoce una especie de estructura en esta selección evolutiva, cuando se ve que aquellas improbabilidades no se pueden elaborar poco a poco y transformar par-

te por parte en probabilidad suficiente. Más bien se refuerzan y se limitan mutuamente. Así, la historia de la evolución sociocultural, basada en la comunicación no ofrece la imagen de un progreso que busca una comunicación cada vez mejor. Más bien podría entenderse como una especie de acontecimiento hidráulico de represión y de distribución de la presión de un problema. Cuando uno de los problemas se resuelve, la solución de los demás se vuelve más improbable. La improbabilidad suprimida se evade, por decirlo de alguna manera, hacia los otros problemas. Si *ego* entiende correctamente una comunicación, tiene mucho más razones para rechazarla. Cuando la comunicación rebasa el círculo de los presentes, se hace más difícil comprender y más fácil rechazar; faltan la ayuda interpretativa y la presión por aceptarla aunque provenga de una interacción concreta. Esta interdependencia de los problemas actúa a su vez sobre lo que pasa y se confirma como comunicación. Desde el momento en que la escritura alfabetizada hace posible llevar la comunicación más allá del círculo limitado temporal y espacial de los presentes, ya no se puede confiar en la fuerza avasalladora de la exposición oral; hay que argumentar más objetivamente. Al parecer, este sería el origen de la filosofía.⁴² Es *sophia* (sabiduría) en la medida en que acontece el destino de hacer posible una comunicación de cualquier modo seria y digna, y, respecto de la amplitud del alfabeto, universal (aun en una situación tan tensa).

Denominaremos *medios*⁴³ a los logros evolutivos que arrancan en estos puntos de ruptura de la comunicación y sirven funcionalmente para transformar lo improbable en probable. En correspondencia a las tres clases de improbabilidad de la comunicación, hay que diferenciar tres diferentes medios que se posibilitan, limitan y cargan con problemas sucesivos mutuamente. El medio que intensifica la comprensión de la comunicación más allá de lo perceptible es el *lenguaje*. El lenguaje es un medio que se caracteriza por el uso de signos; utiliza signos acústicos y ópticos referentes al sentido.⁴⁴ Esto conduce a problemas complejos que se resuelven por medio de las reglas para el uso de los signos, mediante la reducción de complejidad, la habituación de una combinatoria limitada. El procedimiento básico, no obstante, continúa siendo la regulación de la diferencia entre el acto de comunicar y la información. Tomada como signo, esta diferencia puede ser la base para la comunicación de *alter* y de *ego*, y ambos pueden, en el uso unívoco de los signos, confirmar su opinión de que pretenden lo mismo. Se trata, entonces, de una técnica muy especial cuya función es *ampliar prácticamente al infinito* el repertorio de la comunicación comprensible, asegurando así que casi cualquier acontecimiento pueda aparecer y ser trabajado como *información*. No se puede valorar lo suficiente el significado de esta técnica de técnicas. Sin embargo, se basa en una especificación funcional, por lo cual hay que ver, también, sus límites. Ni el sentido como tal es un signo, ni la técnica del signo explica al lenguaje qué selección de signos tiene éxito en el proceso comunicacional.

Con base en el lenguaje se han podido desarrollar los *medios de comunicación*, es

42. Véase Erich A. Havelock, *Preface to Plato*, Cambridge, MA, 1963; idem. *The Greek Concept of Justice: From its Shadows in Homer to its Substance in Plato*, Cambridge, MA, 1978; idem. *The Literate Revolution in Greece and its Cultural Consequences*, Princeton, NJ, 1982.

43. Como sucede con frecuencia cuando una teoría más general reúne parles de la investigación realizada hasta la fecha, también aquí surgen problemas de terminología. El término *medios* se usa sobre todo en la investigación referente a la comunicación masiva y se ha popularizado este uso. Aparte existe el uso espiritualista, en relación con la comunicación con interlocutores poco comunes, además del uso en la teoría de Parsons referente a la mediación del intercambio. En nuestro texto proponemos una conceptualización nueva, caprichosa, puramente funcional.

44. De aquí hay que distinguir la función antes explicada del lenguaje para la generalización de la autorreferencia del sentido, si bien en la evolución los dos sólo se pueden generar juntos.

decir, escritura, impresión y telecomunicaciones. Estos medios se basan en una descomposición, en una recombinación incongruente de unidades lingüísticas que no pueden disolverse más.⁴⁵ Así se logra una expansión inmensa de la amplitud del proceso comunicacional que reaccúa, a su vez, sobre lo que se comprueba como contenido de la comunicación.⁴⁶ Los medios de comunicación seleccionan mediante su propia técnica, crean sus propias posibilidades de conservación, comparación y mejoramiento, las cuales, no obstante, sólo pueden ser utilizadas con base en estandarizaciones. En comparación con la tradición oral, sujeta a la interacción y a la memoria, los medios de comunicación se expanden y a la vez se limitan, y así la comunicación sirve como base para las comunicaciones siguientes.

Después de estas evoluciones de la técnica de lenguaje y difusión, es más difícil que una información, de hecho, pueda tener éxito, es decir, pueda motivar para la aceptación. Hasta muy avanzada la Edad Moderna, se ha reaccionado a la improbabilidad extrema con esfuerzos creados por una especie de técnica persuasiva, así por la elocuencia como meta educativa, como por la retórica como teoría especial, o por la disputa como arte del conflicto y de la imposición. Ni siquiera la invención de la imprenta logró que estos esfuerzos se volvieran obsoletos, más bien los reforzó.⁴⁷ El éxito, sin embargo, no estuvo en esta tendencia más bien conservadora, sino en el desarrollo de los *medios de comunicación simbólicamente generalizados*, que se refieren con exacta función a este problema.⁴⁸ Denominaremos «simbólicamente generalizados» a aquellos medios que utilizan generalizaciones para simbolizar la relación entre selección y motivación, es decir, para representarla como unidad. Ejemplos importantes son: verdad, amor, propiedad/dinero, poder/derecho; hasta cierto punto también fe religiosa, arte y actualmente, quizás, «valores básicos» civilizatoriamente estandarizados. De manera muy diferente, y para constelaciones de interacción muy diversas, se trata en todos los casos de condicionar la selección de la comunicación de tal manera que actúen al mismo tiempo como medios motivadores, es decir, que puedan asegurar de manera suficiente el cumplimiento de la propuesta de selección. La comunicación más exitosa/trascendental se realiza en la sociedad actual mediante tales medios de comunicación y, en consecuencia, las oportunidades para la formación de los sistemas sociales son dirigidos hacia sus funciones correspondientes. Una discusión más extensa al respecto le corresponde a la teoría sociológica. La teoría gene-

45. Esto vale sobre todo para la perfección de la escritura por el alfabeto. Véase Eric A. Havelock, *Origins of Western Literacy*, Toronto, 1976.

46. Un tema que últimamente llama mucho la atención. Véase, además de los trabajos ya mencionados de Havelock, Jack Goody c Ian Watt, «The Consequences of Literacy», *Comparative Studies in Society and History*, 5 (1963), pp. 304-345; Walter J. Ong, *The Presence of the Word*, New Haven, 1967; Elisabeth L. Eisenstein, *The Printing Press as an Agent of Social Change: Communications and Cultural Transformations in Early-modern Europe*, 2 t., Cambridge, Engl., 1979; Michael Giesecke, «Schriftsprache als Entwicklungsfaktor in Sprach- und Begriffsgeschichte», en Reinhart Koselleck (comp.), *Historische Semantik und Begriffsgeschichte*, Stuttgart, 1979, pp. 262-302; idem, «"Volkssprache" und "Verschriftlichung" des Lebens im Spätmittelalter...», cit., pp. 39-70.

47. Véase para el área de la teología católica, Walter J. Ong, «Communications Media and the State of Theology», *Cross Currents*, 19 (1969), pp. 462-480. Acerca de la retórica, Volker Kapp, «Rhetorische Theoriebildung im Frankreich des 17. und frühen 18. Jahrhunderts», *Zeitschrift für französische Sprache und Literatur*, 89 (1979), con más indicaciones.

48. El concepto y el desarrollo de la teoría fueron incitados sobre todo por Talcott Parsons; véase *Zur Theorie der sozialen Interaktionsmedien*, ed. y pról. Stefan Jensen, Opladen, 1980. En el marco de la teoría de Parsons, el problema racional de la formación de los medios es, sin embargo, una relación de intercambio entre subsistemas (analíticos) del sistema general de la acción. Para llevar eso a un marco de la teoría de la comunicación, véase Niklas Luhmann, «Einführende Bemerkungen zu einer Theorie symbolisch generalisierter Kommunikationsmedien», en idem, *Soziologische Aufklärung*, t. 2, Opladen, 1975; idem, *Liebe als Passion: Zur Codierung von Intimität*, Frankfurt, 1982.

ral de los sistemas sociales y de sus procesos comunicativos, sin embargo, puede servir para llamar la atención en cuanto carácter altamente selectivo de estos modos de comunicación funcionalmente privilegiados.

El lenguaje, los medios de difusión y los medios de comunicación simbólicamente generalizados son, por lo tanto, logros evolutivos que, en mutua dependencia, fundamentan y aumentan los rendimientos del procesamiento informativo que puede aportar la comunicación social. De esta manera, la sociedad se produce y se reproduce como sistema social. Una vez iniciada y sostenida la comunicación, es inevitable la formación de un sistema social que la delimite; por otra parte, del desarrollo de los sistemas sociales surgen aquellas condiciones fundamentales que hacen posible formar expectativas respecto de lo en sí improbable, y transformar de esta manera lo improbable en suficientemente probable. En el nivel de los sistemas sociales, este es un proceso estrictamente autopoietico que produce por sí mismo aquello que lo hace posible.

El desarrollo de estos medios no sólo se refiere a un «plus» exterior de comunicación, también cambia la manera de la propia comunicación. Se puede captar el punto de inicio del cambio si se toma en cuenta que la comunicación presupone la diferencia entre acto de comunicar e información. Esta vivencia de la diferencia no se da necesariamente como hecho unívoco, se puede presentar con mayor o menor claridad. Sólo así es posible una evolución paulatina hacia un proceso de diferenciación de los sistemas (sociales) específicamente comunicacionales. En este punto fundamental, los medios actúan sobre la evolución sociocultural. El lenguaje oral que inter-actúa entre los individuos, y la posterior estilización de este lenguaje en un habla oratoria elegante, si bien presuponen un objeto del discurso (y, como se enseña en la retórica, implican también al conocimiento especializado respecto del tema), pueden fundir el acto de comunicar y el discurso en una unidad efectiva; compensar la falta de información mediante un discurso arrollador; sincronizar en forma rítmica rapsódica el discurso, el escuchar y el aceptar; literalmente, pueden no dejar tiempo para el surgimiento de dudas. Sólo la escritura obliga a una diferencia unívoca entre acto de comunicar e información, y la imprenta refuerza aún más la sospecha generada por el procesamiento especial del acto de comunicar: este obedece a motivos propios, y no es un simple senador de la información. Sólo la escritura y la imprenta sugieren excluir los procesos comunicacionales que no reaccionan a la unidad de acto de comunicar e informar, sino precisamente a su diferencia: procesos de un control sobre la verdad, procesos de la articulación de la sospecha, con la consiguiente universalización de la sospecha hacia lo psicoanalítico y/o ideológico.

La escritura y la imprenta producen, necesariamente, la experiencia de la diferencia, la cual constituye la comunicación; en este sentido preciso son formas más comunicadoras de comunicación, y por eso provocan la reacción de la comunicación o una comunicación mucho más específica de la que es posible establecer en un diálogo oral.⁴⁹ En este punto de la reflexión, hay que reintroducir, finalmente, la diferencia entre temas y aportaciones que hemos presentado en el apartado anterior. Se trata de una condición previa para que los acontecimientos comunicacionales elementales se ordenen por lo menos en procesos de una selectividad ordenada y diferenciada. La

49. En general se piensa exactamente lo contrario, ya que se interpreta la comunicación como t ecológicamente dispuesta a la concordancia. En este caso, el diálogo oral (diálogo, discurso) debe aparecer naturalmente como forma ideal, y toda tecnologización de la comunicación por medio de la escritura y la imprenta aparceía como decadente o como un paliativo.

reproducción social de la comunicación debe realizarse, entonces, por medio de la reproducción de temas que de alguna manera organizan por ellos mismos sus aportaciones. Los temas no son nuevos para cada caso, pero por otra parte, tampoco son ofrecidos previamente por medio del lenguaje, por ejemplo, en forma de un vocabulario suficientemente conciso (porque el lenguaje trata todas las palabras en forma igual y no dispone de capacidad temática en procesos comunicacionales). Debe haber, entonces, un requerimiento que sirva de mediador entre interacción y lenguaje —una especie de provisión de posibles temas listos para una entrada súbita y rápidamente comprensible en procesos comunicacionales concretos. Llamamos a esta provisión de temas, *cultura*,⁵⁰ y *cuando esta se ha almacenado especialmente para fines comunicativos, semántica*. La semántica es digna de conservarse y, por lo tanto, es una parte de la cultura, cuando nos transmite la historia de los conceptos y las ideas. La cultura no es un contenido de sentido necesariamente normativo, pero sí una determinación de sentido (reducción) que hace posible distinguir, dentro de la comunicación dirigida a temas determinados, entre aportaciones adecuadas e inadecuadas, o bien entre un uso correcto o incorrecto de los temas.⁵¹

Esta simplificación terminológica de una deducción teórica compleja, hace posible formular preguntas respecto de la relación entre cultura (o en un sentido más estrecho: semántica) y estructuras de sistema en el desarrollo social.⁵² Para llegar en este libro a afirmaciones históricamente fructíferas, tendríamos que enriquecer nuestro aparato hipotético mucho más de lo que es posible en el nivel de una teoría general de sistemas. Deberemos conformarnos con marcar sólo los puntos de partida.

VIII

Al principio de este capítulo hemos preguntado cuál es, propiamente, el elemento último, aquel que ya no es disoluble, de los sistemas sociales, respecto de los relacionamientos: ¿acción o comunicación? Volvamos ahora a esta pregunta. Intentaremos contestarla aclarando la relación entre comunicación y acción, e intentaremos aclarar al mismo tiempo cómo se constituyen los elementos de los sistemas sociales.

Como punto de partida, hay que constatar que la comunicación no se puede comprender como acción ni el proceso de comunicación como cadena de acciones. La comunicación incluye más acontecimientos selectivos en su unidad que el solo acto de comunicar. Así que no es posible comprender plenamente el proceso comunicacional cuando no se ven sino los actos de comunicar, cada uno de los cuales provoca el siguiente. En la comunicación entra siempre también la selectividad de lo comunicado, de la información, así como la selectividad de la comprensión, y son justa-

50. En este momento no podemos entrar a una discusión del término cultura en comparación con otros. La propuesta terminológica en el texto no se aleja demasiado del uso común del lenguaje. Los arqueólogos seguramente verían también las ratoneras como cultura, mientras que nosotros sólo vemos, reproducida en el objeto, la posibilidad de convertirlas en tema de comunicación.

51. Diferente en la terminología, pero no respecto del asunto. Talcott Parsons, «Culture and Social System Revisited», en Louis Schneider y Charles Bonjean (comps.). *The Idea of Culture in the Social Sciences*, Cambridge, Ing., 1973, pp. 33-46 (36).

52. Para algunas aportaciones aisladas, véase Niklas Luhmann, *Gesellschaftsstruktur und Semantik*, 2 t., Francfort, 1980/81. Véase también la conocida tesis acerca del proceso de separación entre *culture* y *social structure* (aunque este no se haya manejado en el sentido de una leona de sistemas) de Daniel Bell, *The Coming of Post-Industrial Society: A Venture in Social Forecasting*, Nueva York, 1973, sobre todo p. 477. Tanto la bibliografía conservadora de calamidades como la progresista producen constantemente ideas similares.

mente las diferencias las que hacen posibles esta unidad, las que constituyen la esencia de la comunicación.

Además, en los sistemas sociales formados por la comunicación, sólo se dispone de esta como medio de disolución de los elementos- Se pueden analizar enunciados, seguirlos en sus relaciones temporales, temáticas y sociales; se pueden formar unidades de sentido cada vez más pequeñas en el detalle, hasta la profundidad infinita del horizonte interior —pero todo esto únicamente mediante la comunicación, es decir, de una manera que requiere mucho tiempo y socialmente exige demasiado. El sistema social no dispone de otro medio de disolución, no puede ayudarse de procesos químicos, neurofisiológicos o mentales (aunque todos ellos existan y coactúen). Dicho de otra manera, los sistemas sociales no pueden pasar por debajo del nivel constitutivo de la comunicación, están inermes ante una disolución cada vez mayor, según sea necesario, pero no pueden abandonar la forma de su unidad constitutiva, la fusión de información, acto de comunicar y acto de entender, sin terminar su operación. Y de ahí resulta también que los sistemas sociales formados por medio de la comunicación como sistemas de comunicación, determinan en qué dirección y hasta dónde se puede producir comunicación sin volverla aburrida.⁵³ Existe, por lo tanto, un horizonte propio de la comunicación que hace posible el avance, pero adonde jamás se llega, y que finalmente frena la comunicación y la detiene cuando ésta va demasiado lejos.

La consecuencia más importante de este análisis es que *la comunicación no se puede observar directamente, sólo puede ser deducida*.⁵⁴ Para poder ser observado y observarse a sí mismo, un sistema comunicacional debe entronizarse, entonces, como sistema de acción. Del mismo modo, el autocontrol paralelo de que hablamos antes,⁵⁵ funciona sólo si se puede deducir de la acción siguiente si hubo o no entendimiento.

Además, si no se le interpreta como acción, la comunicación es una relación simétrica de varias selecciones. La metáfora de la transmisión también incluye este aspecto. La comunicación es simétrica en la medida en que cada selección puede dirigir a otra y las relaciones directivas pueden invertirse constantemente. A veces, el punto principal y el cuello de botella están en aquello que puede entenderse; posteriormente, las nuevas informaciones adquieren una importancia primordial y, por otra parte, se abre paso la necesidad del acto de comunicar como tal. No existe, por lo tanto, una dirección definida del refuerzo de la selección. Las relaciones son reversibles y en este sentido altamente adaptables. *Sólo al integrar la comprensión de la acción en el acontecimiento comunicacional, la comunicación se vuelve asimétrica*; sólo así obtiene una dirección desde el emisor hacia el receptor del acto de comunicar, dirección que sólo puede invertirse cuando el receptor tiene a su vez que comunicar algo, es decir, cuando empieza a actuar.

En correspondencia con la diferenciación entre información y acto de comunicar, la acción se constituye socialmente en dos contextos diferentes: como información o tema de una comunicación, o como acción del acto de comunicar. Dicho de otra manera, es claro que existe la acción no comunicadora, acerca de la cual la comunicación sólo se informa, y cuya relevancia social es participada por la comunicación. Los sistemas de comunicación son libres de comunicar acerca de acciones o

53. También para este punto, la bibliografía proviene principalmente de los siglos XVII y XVIII. Como ejemplo, véase Deslandes, *L'art de tie point s'enmuyer*, Amsterdam, 1715, pp. 91yss.

54. Por eso los sociólogos prefieren partir del concepto de acción en lugar del concepto de comunicación. Véase Warriner, *op. cit.*, p. 106 «El problema básico en la teoría de la comunicación está en la oposición general del sociólogo de tratar con lo que no es directamente observable».

55. Véase p. 145.

de cualquiera otra cosa, pero deben entender el acto de comunicar mismo como acción, y sólo en este sentido, éste se convierte en el componente necesario de la autorreproducción del sistema de instante en instante. Por eso nunca es falso, aunque sí unilateral, que un sistema comunicacional se comprenda a sí mismo como sistema de acción. Sólo mediante la acción, la comunicación queda fijada como acontecimiento simple en un punto del tiempo.

Sobre la base de la acción fundamental de la comunicación y de sus medios operativos, un sistema social se constituye como sistema de acción y se autodescribe para dirigir la continuación de los procesos, la reproducción del sistema. Para facilitar la autoobservación y la autodescripción, la comunicación se hace asimétrica, su estimulabilidad abierta se reduce debido a la responsabilidad de las consecuencias.

Las acciones se constituyen mediante procesos de adjudicación (*Zurechnungsprozesse*). Se crean al integrarse las selecciones, por la razón, a los contextos y, con ayuda de cualquier semántica («intención», «motivo», «interés»),⁵⁶ a los sistemas.

Es obvio que este concepto de acción no comunica una explicación causal suficiente de la acción, simplemente por no considerar lo psíquico.⁵⁷ Se trata, en la constitución aquí escogida, del concepto de que las selecciones se refieran a los sistemas y no a sus entornos, y que sobre esta base se fijan receptores para otras comunicaciones y los puntos de enlace para más acciones, lo cual sirve siempre como razón para ello.

Lo que una acción individual es, sólo se puede averiguar sobre la base de una descripción social,⁵⁸ lo cual no significa que la acción sólo sea posible en situaciones sociales. En situaciones individuales, una acción individual sólo se destaca de la corriente de la conducta, si concuerda con una descripción social. Sólo así la acción encuentra su unidad, su principio y su fin, a pesar de que continúe la autopoiesis de la vida, de la conciencia y de la comunicación social. En otras palabras, la unidad sólo se puede encontrar en el sistema; surge de las posibilidades de desviación de otras acciones.

Ya desde ahí, se puede reconocer que constatar una acción requiere de una simplificación, de una reducción de complejidad, lo que es aún más claro si se toma en cuenta un prejuicio común, compartido frecuentemente por sociólogos, que consiste en la adscripción de la acción a seres humanos individuales concretos —como si para el «agente» de la acción se necesitara siempre de un ser humano, y siempre de un ser humano completo.

Se sobreentiende que existen condiciones físicas, químicas, térmicas, orgánicas, psíquicas de la posibilidad de la acción, pero de ello no se deduce que la acción sólo se pueda referir a seres humanos, a individuos concretos. De hecho, una acción nun-

56. Acerca de la terminología del «motivo» existen importantes trabajos previos que se aproximan al concepto de acción aquí propuesto. Véase C. Wright Mills, «Situating Actions and Vocabularies of Motive», *American Sociological Review*, 5 (1940), pp. 904-913, revisado también en Hans Gerth y C. Wright Mills, *Character and Social Structure*, Nueva York, 1953; además Kenneth Burke, «A Grammar of Motives» (1945), e ídem, «A Rhetoric of Motives» (1950), reimpresos juntos en Cleveland Ohio, 1962; Alan P. Blum y Peter McHugh, «The Social Ascription of Motives», *American Sociological Review* 36, (1971), pp. 98-09. Para el término interés, la investigación histórica ha mostrado cuando menos que no se ha desarrollado en aras de lo subjetivo, sino del cálculo objetivo. Véase J.A.W. Gunn, «Interest will not lie»: A Seventeenth Century Political Maxim», *Journal of the History of Ideas*, 29 (1968), pp. 551-564; ídem, *Politics and the Public Interest in the Seventeenth Century*, Londres, 1969, sobre todo pp. 35 y ss.

57. Desde el punto de vista de la historia de la teoría, reaccionamos con esto a la problemática que se encuentra en el propósito de Max Weber de explicar la acción por medio de la comprensión de la intención.

58. Una tesis elaborada sobre todo por el «interaccionismo simbólico». Véase para la constitución de *unit acts* en el *stream of action*, Charles K. Warriner, *The Emergence of Sociology*, Homewood, IL, 1970, pp. 14 y ss.; además Joel M. Charon, *Symbolic Interactionism: an Introduction, an Interpretation, an Integration*, Englewood Cliffs, NJ, 1979, pp. 11 y ss.

ca es determinada plenamente por el pasado del individuo. Numerosas investigaciones han descubierto los límites de la posibilidad de una explicación psicológica de la acción.⁵⁹ En la mayoría de los casos —¡y justamente según la autocomprensión del sistema psíquico!—, la situación domina la selección de la acción.⁶⁰

Con frecuencia, las observaciones pueden prever mejor la acción si se basan en el conocimiento de la situación más que de la persona, y en consecuencia, su observación de acciones se dirige, en la mayoría de los casos, no hacia el estado mental del que actúa, sino a la realización paralela de la reproducción autopoietica del sistema social. Y *sin embargo, en el mundo cotidiano la acción es adscrita a los individuos*. Una conducta tan falta de realismo sólo se puede explicar por la necesidad de reducción de complejidad-La producción constante de acciones individuales en los sistemas sociales se puede comprender mejor como realización de una autobservación paralela, por medio de la cual las unidades elementales se marcan de tal manera que se crean puntos de soporte para acciones sucesivas.⁶¹ Si se toma como base la lógica de las operaciones estructuradoras de la forma, de George Spencer Brown, se pueden explicar las decisiones teóricas adoptadas con ayuda de los términos «distinción, indicación y reentrada» (*distinction, indication, reentry*), analizándolos con capacidad de enlace en un nivel lógico muy abstracto.⁶² La diferenciación que se utiliza para constituir acciones es la de sistema y entorno, dentro de la cual se designa al sistema (y no al entorno) como origen de la selección, y tanto la diferencia como el término se realizan, o por lo menos se pueden creer capaces de realizarse, como operaciones del propio sistema (y no sólo de un observador externo). De esta manera, teorías e investigaciones de procedencia bastante heterogénea, como la lógica de las operaciones estructuradoras de la forma, la teoría de la acción, la teoría de sistemas y la investigación de los atributos, se pueden interconectar. La consecuencia de esto es que, por lo menos en el caso de los sistemas sociales, no es posible separar la reproducción autopoietica y las operaciones de la autodescripción y la autobservación, dado que utilizan la diferencia sistema/entorno dentro del propio sistema.⁶³ La diferenciación mantiene su valor analítico —pero únicamente para hacer posible la hipótesis de que los sistemas sociales pueden realizar su autorreproducción sólo con ayuda de autobservaciones y autodescripciones.

Por otra parte, no hay que perder de vista el momento de la temporalización. Tal y como se exige a todos los elementos en sistemas temporalizados, también las acciones combinan determinación e indeterminación.⁶⁴ Están determinadas en su actualidad momentánea, independientemente de lo que las responsabiliza como razón de

59. Para mencionar sólo una prueba representativa para una tendencia extensa de investigación: Melvin L. Kohn y Robin M. Williams Jr., «Situational Patterning in Intergroup Relations», *American Sociological Review*, 21 (1956), pp. 146-174.

60. Por lo demás, la diferencia entre la adscripción a la persona y a la situación, y la disputa teórica correspondiente, son a su vez simplificaciones sujetas ya a la crítica. Véase Walter Mischel, «Toward a Cognitive Social Learning Reconceptualization of Personality», *Psychological Review*, 80 (1973), pp. 252-283.

61. Véase también Abraham A. Moles y Elisabeth Rohmer, *Théorie des actes: Vers une écologie des actions*, París, 1977, pp. 30 y ss.

62. Véase George Spencer Brown, *Laws of Form*, 2.^a ed., Nueva York, 1972; George K. Zollschan y Michael A. Overington, «Reasons for Conduct and The Conduct of Reason: The Eightfold Route to Motivational Ascription», en George A. Zollschan y Walter Hirsch (comps.), *Social Change: Explorations, Diagnoses, and Conjectures*, Nueva York, 1976, pp. 270-317.

63. Para la teoría de los sistemas autopoieticos, su descubridor, Maturana, opta de manera diferente; véase nota 73, capítulo 1.

64. Véase capítulo 1, II, 10.

adscripción; y están indeterminadas respecto de lo que absorben en sí mismas como valor de enlace. Esto se puede entender, por ejemplo, como diferencia entre la meta ideal y la alcanzada. Pero también otras formas semánticas que le dan capacidad de tradición al sentido de la acción tienen que, por lo menos, *combinar en el momento* determinación e indeterminación y no permitir que se separen en presente y futuro.

La misma circunstancia se puede reconocer en la dimensión social. Cuando una comunicación aparece como acto de comunicar, es, en ese momento, el mismo para todos los participantes y *el mismo al mismo tiempo*.⁶⁵ Es así que se sincroniza la situación social.⁶⁶ El actor mismo queda integrado en esta sincronización; por ejemplo, ya no puede negar haber dicho lo que dijo. *Todos* tienen que ver en el momento con el *mismo* objeto, y de allí surge una multiplicación de las posibilidades de enlace para el siguiente momento. El acto de cerrar abre la situación, la determinación reconstituye la indeterminación. Pero no se llega a una contradicción ni a un bloqueo, porque los acontecimientos están ordenados asimétricamente como secuencia, y son experimentados así.

El esfuerzo semántico que se debe realizar en relación con tal autodescripción del sistema comunicacional como sistema de acción, es un problema en parte histórico-cultural, en parte especificado por la situación. *Si* basta una semántica de «esencias y raíces» o si hay que basarla sobre intereses; si en el contexto de una confesión o de un procedimiento jurídico hay que determinar, «un acuerdo interior» para la propia acción, con el fin de anclar la acción, a la vez fija y suelta, en el entorno; si se debe psicologizar la acción o incluso remitirla a factores de los que el actor no está consciente, puesto que debe encontrarla primero a través de una terapia —lo cual depende de las circunstancias de que se dispone en el sistema social—, todo esto depende de situaciones que están disponibles en el sistema social. Al actor se le enseñará, con mayor o menor éxito, la manera correcta de realizar la autoadscripción. Así podrá darse cuenta a tiempo, y de preferencia con anticipación de cuando actúa y desahogar el control social a favor del autocontrol.

Existirán sobre todo dos razones a favor de la adscripción de la autodescripción del sistema social a las acciones. Ya hemos mencionado una de ellas, a saber: las acciones son más fáciles de reconocer y de tratar que la comunicación. La unidad de la acción no sólo proviene de la comprensión del otro y tampoco depende de que el observador sepa reconocer una diferencia entre información y acto de comunicar; sólo debe saber manejar las reglas de adscripción comunes a determinados sistemas sociales. Ciertamente: para que las acciones se puedan tratar en el sistema social, deben encontrar entrada en los procesos comunicacionales —sea como acto de comunicar, sea como información. Cada autodescripción, cada autobservación de un sistema social es, a su vez, nuevamente comunicación, y sólo así es posible (de otra manera se trataría únicamente de una descripción u observación hecha desde afuera, por ejemplo, por una persona). La simplificación radica en que como punto de unión para establecer relaciones sólo sirven las acciones, no los acontecimientos comunicacionales completos; es decir, uno puede contentarse con una abstracción cuando se trata de una comunicación acerca de la acción o de una acción simple de enlace, y prescindir casi por completo de las complejidades del acontecer comunicacional pleno. La

65. Esto ya no vale (y debe ser compensado, por lo tanto, por medio de un reforzamiento de la claridad, por ejemplo, de la gramática y la sintaxis correctas), cuando la comunicación se establece solamente por escrito.

66. Mead había llamado significant symbol a un «gesto» que cumpliera con esta condición. Véase George H. Mead, «A Behaviouristic Account of the Significant Symbol», *The Journal of philosophy*, 19 (1922), pp. 157-163. Traducción alemana en George H. Mead, *Gesammelte Aufsätze*, Frankfurt, 1980, pp. 290-298.

descarga consiste, sobre todo, en que no hay que investigar (o sólo hay que hacerlo bajo circunstancias muy especiales) a qué información se refería un acto de comunicar y quién la entendió.

Habíamos mencionado también la segunda ventaja, esto es, que la reducción a la acción facilita la asimetrización temporal de las relaciones sociales. Normalmente concebimos a la comunicación demasiado como acción y podemos imaginarnos luego las cadenas de comunicación como cadenas de acción. La realidad de un acontecimiento comunicacional es, sin embargo, mucho más compleja. Presupone que el manejo de la doble contingencia de *alter* y *ego* se suspende de ambos lados durante un tiempo, y que requerirá de un nuevo cuestionamiento, de un silencio significativo, de una duda, antes de alcanzar un fin por medio de la comprensión; o que, pese a que el acto de comunicar se presente como acción, fracasará como comunicación. En contraposición, facilita la orientación si uno puede imaginarse las secuencias de acciones como cadenas de hechos, en las cuales una acción permite la otra, si se le puede fijar puntualmente. Mientras la comunicación detiene la reversibilidad en el transcurso del tiempo —uno puede oponer resistencia a comprender, puede rechazar, puede tratar de corregir lo comunicado (incluso cuando haya sucedido indudablemente como *acto de comunicar*)—, las acciones marcan la irreversibilidad del tiempo y se ordenan, así, cronológicamente unas respecto de las otras.

Sólo con ayuda de tal puntualización y asimetrización se puede formar un sistema social autopoiético. Sólo así el problema de la capacidad de enlace adquiere contornos perceptibles. Las anticipaciones y regresiones de la comunicación en la selección de notificaciones comprensibles, a pesar de que rebasen el tiempo y de que tal cosa se presuponga, deben ser recibidas en un momento preciso: aquel en que actúa el emisor del acto de la comunicación. Un sistema social se constituye, por lo mismo, como sistema de acción, pero debe presuponer para ello el contexto comunicador de la acción; de manera que ambas, acción y comunicación, son necesarias y deben actuar siempre en conjunto para hacer posible la reproducción a partir de los elementos de la reproducción.⁶⁷

Reproducción autopoiética no quiere decir, por lo tanto, que una acción determinada se repita en casos convenientes (por ejemplo, que cada vez que se encienda un cigarro se deba tomar el encendedor). La repetibilidad debe asegurarse, además, por medio de la formación de una estructura. Reproducción sólo quiere producción de lo producido; y en el caso de los sistemas autopoiéticos quiere decir el sistema no termina con la actividad actual en el momento, sino que continúa. Esta continuación se basa, a su vez, en que las acciones (intencionalmente o en contra de su voluntad) tienen valor comunicativo.

Podemos dar un paso más si relacionamos esta comprensión de la relación mutua entre comunicación y acción, con el problema de la autoobservación, o autodescripción. Ya en el nivel de la teoría general de los sistemas se puede afirmar que una complejidad cualquiera está limitada por una autosimplificación estructurante. Pode-

67. Precautoriamente hay que anotar que esta argumentación no es ni lógica ni teóricamente obligatoria. Como siempre sucede en las indicaciones de las funciones, no se pueden excluir las equivalencias funcionales, es decir, para este caso otras posibilidades de la autoobservación, la autodescripción, la autosimplificación. La reducción a la acción, sin embargo, ha sido tan eficaz y se ha impuesto de tal manera, que incluso la sociología la correaliza casi siempre sin reflexionar, comprendiendo los sistemas sociales simplemente como sistemas de acción. Esto se da a entender junto con la teoría presentada en el texto— y tratado como contingente. Uno podría pensar sobre todo en investigaciones históricas que cuestionen casi sin prejuicio si y hasta dónde las culturas antiguas vivían después de todo según un modelo de acción.

mos, en general, dejar abierta la respuesta de si, por ejemplo, las macromoléculas o los objetos *per se* contienen en sí una autodescripción.⁶⁸ Los sistemas sociales, nuestros objetos de estudio, parecen requerir de y desarrollar una autodescripción al reducir a acciones los acontecimientos que se relacionarán, a pesar de que su propia realidad es mucho más rica. La autobservación es, en primera instancia, un momento en el procesar del propio procesamiento de información. Hace posible, rebasándola, la autodescripción, fijando aquello sobre lo cual un sistema comunica cuando comunica acerca de sí mismo. La autobservación hace posible, quizás incluso obligue, la reflexión en el sentido de una tematización de la identidad (a diferencia de otras cosas) que pone a disposición el área que se observa a sí misma como unidad de los relacionamientos.

Por medio de una conceptualización de la teoría de sistemas autorreferenciales,⁶⁹ es decir, por medio de la idea de que los sistemas pueden elaborar con sus propias operaciones una descripción de sí mismos y autobservarse, es posible separar la relación entre comunicación, acción y reflexión de la teoría del sujeto (la teoría de la subjetividad de la conciencia). Por supuesto, no afirmamos que podrían existir sistemas sociales sin una conciencia presente. Pero la subjetividad, la presencia de la conciencia, el carácter basal de la conciencia se comprende como *entorno* de los sistemas sociales y no como su *autorreferencia*. Sólo gracias a este distanciamiento obtenemos la posibilidad de elaborar una teoría realmente «autónoma» de los sistemas sociales.

El reducir la autobservación a la acción conduce, por otra parte, a un problema que en este punto sólo podemos mencionar y que retomaremos más adelante.⁷⁰ Precisamente a partir de esta teoría de los sistemas autorreferenciales podría deducirse que la autodescripción de un sistema tendría que comprender al sistema como *diferencia frente a un entorno*. La autodescripción no es sólo una especie de calcado, dejando fuera los detalles; no es sólo el boceto de un modelo o un mapa de sí mismo; tiene que aumentar —por lo menos sólo así se le puede comprobar— la complejidad comprensible, representando al sistema como diferencia ante su entorno y obteniendo según esa diferencia las informaciones y los puntos direccionales para la conducta de enlace. La reducción a una acción parece ir en dirección contraria y apuntar los momentos de la simple autorreproducción —autorreproducción como estímulo de la acción por medio de la acción. Esta limitación parece no ofrecer garantía alguna de que se cumplan los requisitos exigidos de la autodescripción, más aún al pensar que se reduce (a través de temas con sentido que remiten al entorno) de la comunicación a la acción.

Sin formular el problema como tal, la tradición ha reaccionado a este dilema al ofrecer para cada caso dos conceptos de acción; uno poético y otro práctico, uno técnico-productivo y el otro cargado de valor de sí mismo.⁷¹ Nos encontramos, así,

68. Así Ranulph Glanville, *A Cybernetic Development of Epistemology and Observation, Applied to Objects in space and Time (as Seen in Architecture)*, tesis, Brunei University, Ms., 1975.

69. Retomaremos el tema mas detalladamente en el capítulo 10.

70. En el capítulo *Sistema y entorno*.

71. También aquí vale la pena ver de reojo la teoría del sistema general de acción de Parsons, quien obtiene su esquema de cuatro funciones por medio de la descomposición del concepto de acción y re proyecta el esquema al mundo (así en «A Paradigm of the Human Condition», en idem, *Action Theory and the Human Condition*, Nueva York, 1978, pp. 352-433). De esta manera, la *diferencia* entre sistema y entorno se suaviza por la *isomorfia*, y después es posible trabajar con modelos de *input/output*, con modelos del *double interchange*, etcétera. Esta propuesta puede renunciar a coquetear con dos conceptos de acción, utilizar uno para criticar al otro y dar después a esta crítica un toque socialmente crítico.

con una semántica en la que se ha discutido acerca de la «racionalidad». Pero también el esquema de racionalidad se desmorona, finalmente, en una tipología de diversas racionalidades, cuya relación mutua ya no puede quedar sujeta a exigencias de racionalidad —por ejemplo, un orden jerárquico. En términos de la teoría de la técnica de construcción, éste parece un camino equivocado; en lugar de volver a un problema básico (que trasciende la acción), se distinguen dos tipos: en lugar de problematizar, sólo se dualiza. También el problema de la racionalidad debe ser propuesto para un tratamiento posterior. Su punto de partida, no obstante, está aquí: en la interrogante de cómo integrar en la autodescripción de un sistema social reducida a relaciones de acción, la diferencia entre sistema y entorno, obteniendo así potencial informativo. O dicho de modo más breve: ¿cómo aumentar la complejidad comprensible por medio de la reducción de complejidad?

IX

La respuesta a la pregunta formulada en el apartado anterior es: por medio del condicionamiento de la comunicación, es decir, por medio de la formación de sistemas sociales. La comunicación se debe entender aquí como una especie de autoexcitación y fascinación del sistema; es inducida por la experiencia de la doble contingencia, prácticamente se realiza a la fuerza bajo esta condición y conduce a la formación de estructuras que cumplen su función bajo tales condiciones. Uno se puede imaginar que esto deja disponible un potencial evolutivo prácticamente vacío que, cuando no hay a la mano nada mejor, aprovechará cualquier casualidad para construir un orden. En este sentido, el concepto se ajusta a una teoría del tipo *order from noise* (orden a partir del ruido).

Es indudable que parte de las condiciones de posibilidad de la formación de sistemas comunicacionales son los entornos altamente complejos. Ante todo, deben asegurarse dos condiciones previas opuestas: por una parte, el mundo debe estar estructurado de manera suficientemente densa para que no resulte puramente casual el que se formen concepciones objetivas coincidentes; la comunicación debe poder captar algo (incluso si jamás se sabe qué) que no se deja disolver o recorrer en sí de modo arbitrario.⁷² Por otra parte, deben existir, en este mismo nivel, diferentes observaciones, diferentes posiciones que reproduzcan constantemente perspectivas desiguales y conocimiento incongruente.⁷³ Es debido a estas condiciones previas que la comunicación no puede entenderse como un logro integrador de sistemas, como generación de consenso, porque eso significaría el que subvirtiera sus propias condiciones previas y que sólo se mantuviera viva por medio de un fracaso suficiente.⁷⁴ Pero ¿qué, si no el consenso, sería el resultado de la comunicación?

Uno de los aspectos más importantes de la comunicación es la sensibilización del

72. También en el nivel general de una teoría se puede formular que los *clustered environments* (entornos agrupados) son condición previa para tipos más evolucionados de sistemas. Véase F.E. Emery y E.L. Trist, *Towards a Social Ecology: Contextual Appreciation of the Future in the present*, Londres, 1973, pp. 45 y ss.

73. Se pueden seguir las consecuencias hasta el interior de los problemas estructurales de los sistemas sociales. Véase Olivier E. Williamson, *Markets and Hierarchies: Analysis and Antitrust Implications*, Nueva York, 1975, acerca de la distribución desigual del conocimiento, del *information impaetness* (impacto de información) y las consecuentes ventajas relativas de mercados y jerarquías en el sistema económico.

74. Por eso mismo, todas las teorías de consenso deben admitir la pregunta dirigida (oralmente) una vez por Helmut Schelsky a Jürgen Habermas: ¿qué sucedería *después* del consenso?

sistema ante las casualidades o interrupciones, ante el «ruido» de todo tipo. Mediante la comunicación es posible hacer comprensible lo inesperado, lo que no es bien venido, lo decepcionante. «Comprensible» no quiere decir que también se puedan entender acertadamente las razones y cambiar las circunstancias. La comunicación no logra esto sin más. Lo decisivo es que sea posible obligar a las interrupciones (ruido) a adoptar una forma de sentido y así tratarlas en consecuencia. Entonces se podrá distinguir si las interrupciones aparecen dentro del propio proceso comunicativo, por ejemplo como errata (el término le da sentido al sinsentido, se puede reconocer una errata y corregirla), o si hay que buscarlas en los temas y las colaboraciones de la comunicación, de modo que no pueda corregirseles técnicamente, sino que habrá que buscar sus razones. El sistema fundamenta y aumenta su sensibilidad por medio de la comunicación y se expone así a la evolución a través de una sensibilidad e irritabilidad constantes.

Como corrector de esta inquietud, el consenso no sirve mucho, porque en su caso, el peligro del error, del malfuncionamiento, del estancamiento sería demasiado grande. Cuando se mantiene la comunicación surge más bien un fenómeno doble de *redundancia* y *diferencia*; y ahí se encuentra el apoyo opuesto para el principio de inquietud de la comunicación. El concepto de redundancia señala posibilidades sobranes que sin embargo cumplen una función. Si *A* informa a *B* acerca de algo por medio de la comunicación y se recibe la información, *C* y cualquiera otro pueden dirigirse tanto a *A* como a *B* si quieren informarse.⁷⁵ Se produce un excedente de posibilidades informativas que sin embargo tiene sentido funcional porque hace más independiente al sistema de ciertas relaciones, asegurándolo contra el riesgo de pérdida. El mismo conocimiento, la misma posición existe ahora repetidas veces. Simplemente por eso puede surgir la impresión de objetividad, de autenticidad normativa o cognoscitiva, y se puede deducir una base de conducta relativamente segura. La redundancia ayuda también a filtrar aquello que prueba su eficacia en muchas comunicaciones, y genera una estructura en este sentido; el sistema se vuelve más independiente del hecho de que la comunicación deba transmitirse por medio de la conciencia individual, por lo cual sólo puede procesar lo psíquicamente preconocido.

Pero al mismo tiempo, la comunicación produce también diferencias. Si todos los procesamientos de información terminaran sólo en redundancia, el peligro de una disposición errónea unánimemente aceptada sería demasiado grande. Es sabido que no se puede evitar el peligro; la difusión rápida de modas intelectuales extrañamente limitadas, que por eso mismo son aptas para la comunicación, ofrece constantemente nuevo material de ilustración al respecto. Pero los sistemas de comunicación producen siempre, a la vez, una autocorrección. Cada comunicación invita a la protesta. En cuanto se ofrece algo para su aceptación, también se puede negar. El sistema no está estructuralmente establecido para la aceptación, ni siquiera para una preferencia por la aceptación; la negación de cualquier comunicación es posible y comprensible en el nivel del lenguaje. Puede anticiparse y evadirse al evitar comunicaciones correspondientes; pero esa es sólo una manera de practicar la diferencia: su redisolución del *ego* comprensivo al *alter* que comunica.

75. Véanse los ensayos «Cybernetic Explanation» y «Redundancy and Coding», en Gregory Batesón, *Steps to an Ecology of Mind*, San Francisco, 1972, pp. 405 y ss., 417 y ss. En ellos se ve cómo, por otra parte, la metáfora de transmisión limita el planeamiento del problema y lo dirige hacia el consenso/disenso entre dos interlocutores: «En un universo más amplio, que es definido por el punto de vista del observador, esto no aparece más como "transmisión" de la información, sino más bien como difusión de la redundancia. Las actividades de *A* y *B* se combinaron para hacer el universo del observador más predecible, más ordenado, más redundante» (Bateson, *op. cit.*, p. 413).

De esta manera, la comunicación pone en marcha la formación de sistemas. Mientras se le mantenga en funcionamiento se reforman estructuras, temáticas y contenidos con sentido redundantemente disponibles, lo cual genera una masa autocrítica que produce ofertas con posibilidades de aceptación/rechazo. Todo esto se diferencia como proceso desde un entorno que puede estar a disposición en temas, intencionado en comunicaciones y que produce acontecimientos que pueden ser tratados a continuación en el sistema como información. En tanto se asegure que los interlocutores se perciben mutuamente, el sistema se encuentra en una especie de excitación permanente que el mismo se produce, pero que también puede ser estimulada desde afuera —similar a un sistema nervioso. Adquiere así una complejidad propia, y al mismo tiempo reproduce un orden en el sentido de una complejidad reducida. Se posibilita a sí mismo la continuación orientada de la comunicación por medio de una autodescripción que se genera reduciendo la comunicación a la acción. Esta clase de sistemas están expuestos a la selección evolutiva de tal manera que no resultan directamente de la evolución biológica. El convertir acontecimientos casuales en información con sentido es inevitable para ellos; pero si aquello que producen luego como redundancia y diferencia será efectivo en la evolución, y cuánto tiempo lo será, no se puede deducir del curso inevitable de la construcción del orden.

Cuando se pone en marcha la comunicación se genera un sistema que mantiene una relación especial con el entorno, el cual sólo es accesible para ella como información, sólo se puede experimentar como selección, sólo se puede aprehender por medio de cambios (dentro del propio sistema o del entorno). Desde luego, existen numerosas condiciones más del entorno, sobre todo, por supuesto, la existencia de seres humanos con conciencia. Estas condiciones de la posibilidad de comunicación, sin embargo, no se integran automáticamente en la comunicación: se pueden convertir en tema de la comunicación, aunque no están obligados a hacerlo. Así que la circunstancia queda exactamente paralela respecto de la posición del entorno de los sistemas de conciencia. Tampoco aquí son los procesos fisiológicamente complejos de la percepción los que se hacen conscientes, sino únicamente sus productos.⁷⁶ Debido a tales reducciones surgen nuevos grados de libertad para el trato con el entorno. Sin subrayar la diferencia entre sistemas psíquicos y sociales, entre conciencia y comunicación, también Morin formula el principio: «de hecho estamos condenados a no conocer sino un universo de mensajes y más allá nada. Pero tenemos a la vez el privilegio de leer el Universo bajo la forma de los mensajes».⁷⁷

X

Contestamos, pues, la pregunta acerca de en qué consisten los sistemas sociales, con una respuesta doble: de la comunicación y de su adscripción como acción. Ninguno de los dos momentos hubiera sido capaz de evolucionar sin el otro.

En retrospectiva, es importante tener presente que hemos respondido a una pregunta varias veces depurada. La pregunta no se dirige a la totalidad de lo que se requiere para generar y mantener los sistemas sociales. El magnetismo y los jugos gástricos, el aire que lleva las ondas sonoras, las puertas que se pueden cerrar, los

76. Un hecho que se aprecia raras veces en sus consecuencias cognoscitivas. Sin embargo, véase Michele Serres, «Le point de vue de la bio-physique», *Critique*, 32 (1976), pp. 265-277.

77. Edgar Morin, *La Méthode*, t. 1, Paris, 1977, p. 356.

relojes y los teléfonos: todo esto parece más o menos necesario. El paradigma de la diferencia sistema/entorno, sin embargo, nos enseña que no todo lo que se requiere puede reunirse en la unidad del sistema.

Por ello, preguntamos por las ultraunidades que integran un sistema social y por medio de cuyo relacionamiento puede distinguirse de su entorno. Esta pregunta había provocado tradicionalmente dos respuestas contrarias: una sustancial u ontológica, y una analítica. Una de las respuestas era que la unidad de los elementos está dada de antemano (como la unidad de acción por la intención del actor en Max Weber). La otra era que no es sino un constructor analítico (como el *unit act* de Parsons). Ambas respuestas han sido rebasadas por el supuesto cambio de paradigma, por la transición a la teoría de los sistemas autopoieticos. Lo que funge como unidad se convierte en unidad por la unidad de un sistema autorreferencial. Ni es unidad por sí misma, ni lo es sólo por el modo de selección de un observador; no es unidad ni objetiva ni subjetiva, sino un momento de relación del modo de vincular el sistema que se reproduce precisamente por esta vinculación.

En esta teoría se puede y se debe integrar nuevamente la diferenciación entre constitución y observación, lo cual hemos hecho antes por medio de la diferenciación entre comunicación y acción. La comunicación es la unidad elemental de la auto-constitución, la acción es la unidad elemental de la autoobservación y la autodescripción de los sistemas sociales. Ambas son circunstancias altamente complejas que son utilizadas como unidad y para esto reducidas al formato necesario. La diferencia entre la comunicación en el sentido pleno de una síntesis selectiva y la acción que se le pueda adscribir, hace posible una organización selectiva de la autorreferencia paralela, en el sentido de que sólo se puede manejar (negar, preguntar de nuevo, contradecir) reflexivamente la *comunicación* cuando se puede constatar quién había *actuado* comunicativamente. La pregunta por los individuos, átomos, elementos de los cuales consisten los sistemas sociales, no puede, por eso, contestarse en forma más sencilla. Cualquier simplificación en este momento sería una pérdida de la riqueza de relaciones que difícilmente se puede permitir una teoría de los sistemas sociales.